



ARQUA.—CASA EN QUE MURIÓ PETRARCA.



De camino que he recorrido todos estos templos, situados en opuestos extremos de *Milan*, he visto la ciudad entera, así los barrios elegantes como los habitados por la plebe, y en todos ellos he pasado á la puerta de seculares *Palacios*, notables unos por su bella arquitectura, y otros por los históricos nombres que llevan. Pero el lugar que más me ha impresionado, á causa del sello de antigüedad que conservan todos los edificios, es la *Piazza dei Mercanti*, verdadero centro del *Milan* de todas las épocas, foco de los motines, emporio del comercio, mentidero público, asiento de la Bolsa y atrio del palacio de la *Ragione*; palacio construido para servir de asamblea al *Consejo de los ochocientos*, cuando *Milan* era república independiente.

En otras Plazas he visto *Fuentes públicas* bastante graciosas, pero no tan bellas como las *Puertas de la ciudad*, entre las que merecen especial mención la *Porta Orientale* y la *Porta Romana*.—Esta última es un Arco de triunfo, levantado para celebrar la entrada de Margarita de Austria, mujer de Felipe III de España, en la ciudad de Milan, cuando la ciudad de Milan era una capital de provincia dependiente de Madrid, como hoy Barcelona, Murcia ó Badajoz.

Finalmente, he pasado media hora en la *Biblioteca Ambrosiana*, donde he visto muchos libros... más de cien mil; pero donde no he abierto ninguno...

En cambio, he leído varias cartas de amor, originales de Lucrezia Borgia, dirigidas al cardenal Bembo.—Una de ellas dice: «*Ahi te envío, mi bien amado, algunos de estos mis cabellos que tantas veces elogiaste...*»

Al llegar á este punto, dióme la humorada de preguntar al bibliotecario:

—¿Y los cabellos?

—Arriba los verá usted, me respondió éste con la mayor seriedad.

Y en efecto, en una Galería de objetos preciosos que hay sobre la Biblioteca, enseñáronme despues, al través de un cristal, un hermoso rizo de cabellos rubios perfectamente conservados!

¡Ay de mí! ¡Ya no hay mujeres como Lucrecia Borgia!—*Mujer terrible* se llama hoy á la que devora... *el caudal* de los hombres...—¡Hasta el crimen se ha empequeñecido entre nosotros!

Así me explico que la contemplacion de los cabellos muertos de aquella duquesa tan hermosa, tan feroz y tan enamorada, me haya conmovido hasta la médula de los huesos!...—Pero esto no es escribir: esto es pecar.—Me arrepiento, pues, de lo que acabo de decir..., aunque no sin dolerme de no haber sido víctima de aquella mujer de cuatro maridos...

Lucrezia Borgia, Margarita de Valois y María Stuardo tendrán siempre sus devotos...—¡Amaron tanto!... ¡Eran tan bellas!...—Mas dejemos esto.

Desde la *Biblioteca ambrosiana* fui en busca de mis amigos del *Hotel* (el prusiano H. de V. y el español duque de V.), con quienes estaba ci-

tado, y nos marchamos juntos á visitar los Cementerios, como buenos cristianos que somos (el prusiano es protestante), y como víspera de Difuntos que ha sido hoy.

Los *Cementerios* de Milan son muy sencillos. Redúcense á extensos bosques de cruces de madera.—En ellos habia muchísima gente arrodillada, rezando, llorando ó cantando psalmos mortuorios. Todos tenian la cabeza descubierta. Nadie comia castañas ni otra cosa alguna.

Yo recordé nuestros Cementerios de Madrid, y la sacrílega romería que va á ellos todos los años, en son de fiesta, á conmemorar los finados, y tuve que reconocer que en Milan se trata á la Muerte más cristianamente que entre nosotros.

Pero esta compuncion era del público; no del gobierno.—El gobiern, ha permitido que esta noche haya funcion en los teatros.—Y tanto es así que yo vengo en este instante de uno.

Dos funciones interesantes se daban esta noche: la una era en el *Teatro Ré*, donde se estrenaba el drama nuevo titulado: *El desembarco de Garibaldi en Sicilia*; y la otra, en el *Teatro de San Redegonda*, donde se representaba: *Daniel Manin ó Venecia en 1848*.—El duque, el prusiano y yo, obligados á optar entre dos alardes de *patrioteria*, elegimos la más distante, ó sea el drama *Daniel Manin*.—Ademas, que Manin fue muy superior á Garibaldi... y ya ha muerto.

En el teatro de *San Redegonda* cuesta un palco *d'ordine nobile* (esto es, la localidad más cara que puede tomarse) la cantidad de 3 francos, incluidas tres entradas.—Y sin embargo, ni el coliseo, ni la compañía ni el público eran de última clase.—Ya os he dicho que el teatro para los italianos no es un artículo de lujo, sino de primera necesidad.

En cuanto al drama, escrito últimamente para excitar el amor y la compasion á la mísera Venecia, tiene la fuerza de un millon de caballos.—En él se habla del rey de Nápoles, llamándole simplemente el *rey Bomba*; en él se trata á Pio IX de una manera lamentable; en él se nombra á Cavour, á Garibaldi, á Victor Manuel, al emperador de Austria, á Radetzky y á otros muchos personajes que andan por el mundo; en él hay *vivas* y *mueras*, himnos, cañonazos, policia austriaca, motines populares... todo lo que puede encender la sangre de las masas.—¡Por supuesto que el personaje más interesante, despues del defensor de Venecia, es un inglés, partidario de la independenciam y de la unidad de Italia!

Pero voy á daros una idea detallada del *Cuadro final*.

La escena se ha trasladado á París.—*Manin*, devorado por el amor patrio, por el dolor de ver sufrir bajo el yugo extranjero á la hermosa ciudad que creyó un dia hacer libre, y por la más melancólica *nostalgia*, se encuentra moribundo.—En el momento de expirar, otórgale Dios la vision del porvenir, y presencia la emancipacion de una y otra ciudad de Italia; y ve á *Roma* en un trono; y en torno suyo á *Turin*, *Milan*, *Florenzia*, *Nápoles*, *Palermo*, *Parma*, *Bolonia*, *Módena*.... amorosamente agrupadas.

Estas ciudades eran representadas por otras tantas actrices, que daban forma corpórea á las imaginaciones del agonizante patricio.—Cada una llevaba la bandera y los atributos de su pasada historia, y los deponia á los pies de la Capital de la Península, es decir, de la *Ciudad* por antonomasia, de *Roma*...—Sin embargo, el canto de triunfo no se entonaba.

—¿Y *Venecia*? preguntaba Manin...

¡Y nadie respondia!—*Venecia* yacia aún en triste servidumbre...

Entonces óyense remotos cañonazos, rumor de espadas y gritos de agonía...—¡Todos tiemblan!...

Pero hé aquí que por último estalla el himno de *victoria*... el ansiado canto de triunfo... y aparece en escena una mujer pálida, vestida de negro, llevando en la mano un estandarte hecho girones...

¡Es *Venecia*!

¡*Venecia*, que acaba de emanciparse, y que se prosterna á los pies de *Roma*, concurriendo á formar con todas sus hermanas el que por tanto tiempo se ha llamado *soñado reino*, la unidad de Italia, la *Italia de los italianos*!

Os lo diré con franqueza. Este final de un drama tan ridículo, tenia algo de sublime. Aquella alegoría estaba bien imaginada; el asunto era noble y digno; la causa de *Venecia*, justa; el entusiasmo de los actores indescriptible...—Así es que el público lloraba y aplaudia.—«¡*Venecia*! ¡*Venecia*!» gritaban más de mil voces.—¡Hasta los músicos de la orquesta se habian puesto de pie, y tocaban vueltos de cara á los espectadores, á fin de manifestarles su emocion de este modo!...—¡Hasta nosotros aplaudimos, sin darnos cuenta de ello!

.....

Todavía no sé qué pensarán de los recientes acontecimientos en los demás pueblos de Italia; mas, por lo que he visto en *Milan* desde que puse aquí la planta hasta este momento, me atrevo á decir que la anexion de la Lombardía al Piamonte ha sido el deseo y el voto de *todos los milaneses*; que no existen entre el Po y los Alpes elementos algunos de reaccion, y que, por el contrario, la opinion pública, la opinion unánime, empuja á Victor Manuel á ultimar su obra, libertando á *Venecia* y estableciendo su córte en *Roma*.—La gratitud de los lombardos á los piamonteses sólo puede compararse á su odio á los austriacos, y su devocion y religiosidad son tan fervientes como profunda es la antipatía que les inspira el gobierno de los Estados Pontificios. Todas las personas con quienes hablais, desde el eclesiástico al militar; desde el prócer al mendigo; así el pobre cochero, á quien *examinais* para entretener los ocios de una caminata, como el escritor y el artista cuyas obras se ven expuestas en la calle; lo mismo el rico comerciante que el mozo de café, distinguen y separan perfectamente á Pio IX, representante de Jesucristo en la tierra, de Pio IX, rey de Roma; y aman y respetan al primero, tanto como combaten al segundo.

Al salir del teatro he reparado en que la luna empieza á menguar; y como yo tenga empeño de entrar en *Venecia* de noche, en góndola y con luna, he decidido partir mañana mismo.

Segun estaba tratado, H. de V. me acompañará hasta *Verona*, donde yo haré noche y permaneceré pasado mañana casi todo el día.—(El me esperará en *Venecia*, en el *Hotel d'Europe*.)

Y, como de *Verona* á *Venecia* se va en poco más de cuatro horas, resulta que pasado mañana á la noche dormiré al blando arrullo de las lagunas, en el seno de la reina del Adriático...

Durmámonos, pues, esta noche, arrullados por tan dulce esperanza.

## LIBRO QUINTO.

### EL VENETO.

#### I.

ADIOS Á LOMBARDIA.—EL LAGO DE GARDA.—LA FRONTERA AUSTRIACA.—ITALIANOS Y TUDESCOS.—LA POLICIA.—EL CUADRILATERO.—VERONA.—NOCHE LÚGUBRE.

Son las once de la mañana del día 2 de noviembre,—del *Día de Difuntos!*

Las campanas tocan á muerto, y yo estoy dispuesto á marchar...., no al otro mundo, sino á *Venecia*.

Escribo estas líneas en la estacion del ferro-carril, en un salon de descanso, esperando la salida del tren.

Vengo de recorrer algunos templos, y en todos ellos se alza un fúnebre catafalco.

La poblacion de Milan, sin distincion de clases, se halla al pie de los enlutados altares, rogando por los finados.—Nobles y elegantes damas, graves ancianos, bellisimas jóvenes, tiernos infantes, todos vestidos de negro, van de un templo á otro en sus lujosos carruajes á ofrecer todo género de sufragios por el reposo eterno de sus muertos queridos.

Yo creo adivinar la razon por qué este año son tantos y tan ilustres los milaneses que están de duelo.—En la campaña del verano pasado, la flor de la juventud de Milan murió luchando contra el Austria.

Y es que aquí la revolucion no fue la obra de un partido, ni la tiranía de la gente descontenta y revoltosa sobre la pacífica y acomodada. Fue un alzamiento general, capitaneado por la aristocracia y secundado por todas las clases; en que el príncipe y el obrero pelearon como simples soldados; en que los caballos habituados á lucir en el *Corso-Francesco* fueron á caer con sus gallardos ginetes en los campos de batalla; en que los elegantes carruajes de las damas milanesas estuvieron siempre á disposicion de los pobres heridos.

¡Todo el mundo recuerda aquel Regimiento de Caballería, compuesto de Voluntarios pertenecientes á la primera nobleza lombarda, que fue abrasado por la metralla en la llanura de Palestro!...—Pues bien: las lágrimas que hoy vierten las primeras familias de *Milan*, responden á la sangre de aquel dia...

«¡Gloria y honor á tan insignes mártires!»—digamos tambien nosotros, aunque extranjeros en esta tierra.

Tales son mis últimas impresiones al penetrar en la estacion del ferrocarril que ha de llevarme en cuatro horas á la frontera del Veneto, al terrible *Cuadrilátero*.—El drama de anoche y los enlutados de hoy han depositado en mi corazon no sé si miedo ó aborrecimiento al Austria...—Ello es que no emprendo este viaje sin cierta emocion, sin cierto sobresalto. Parece que voy á entrar en país enemigo; que voy á tomar parte en una batalla; que voy á atravesar un país salvaje, contra cuyas hordas no son garantía las leyes de la sociedad.

H. de V. calma mis poéticos temores, diciéndome que él habla alemán, conoce perfectamente el Austria y sabe que mi condicion de español me evitará el espionaje y las molestias que encuentran otros viajeros al entrar en el Veneciado.

Estas seguridades me desesperan.—¡Yo queria drama!

—¡*Partenza!* grita al fin un empleado del camino de hierro. ¡*Treviglio!* ¡*Bérgamo!* ¡*Brescia!* ¡*Peschiera!* ¡*Verona!* ¡*Vivenza!* ¡*Padua!* ¡*Venecia!*

Y un aluvion de viajeros deja los salones de espera y toma por asalto el tren...

Nosotros seguimos la corriente.

Estamos en marcha.

Hace un dia magnífico...—Se diria que el buen tiempo está vinculado al cielo de Italia. Ha principiado noviembre, y ni la atmósfera pierde su sereno azul, ni las campiñas su verdura.

La comarca que recorreremos es deliciosa. Innumerables palacios campestres (*villas*) se ven á la falda de suaves colinas pobladas de árboles y viñedos. La llanura empieza á rizarse y á ondular. Algunos riachuelos bajan del Norte, abriéndose camino hácia el lejano *Po*, al través de fértiles soledades.

Así pasamos por delante de *Linito*, *Melzi*, *Pecco* y *Cassano*, pequeños pueblos en que hay estacion de ferrocarril.

Luégo llegamos á las márgenes de un gran rio, y lo atravesamos por un soberbio puente de seis arcos.—Es el *Adda*.

El *Adda* es la segunda de las ocho trincheras naturales que defendian al difunto *Reino Lombardo-Veneto*; su segunda línea; su segunda paralela.

(En este país tan llano, los rios constituyen las posiciones estratégicas.—¿Quién no se acuerda de haber leído el año pasado en los partes de la Guerra: «Los aliados han vadeado el *Tessino*...» «Los austriacos se han



visto obligados á pasar el *Adda*...» «Los franceses se hallan sobre el *Oglio*...» «Los austriacos han abandonado la línea del *Mincio*...» «Napoleon y Victor Manuel están ya sobre el *Adige*?...»—Pues esto consiste en que el Tessino, el *Adda*, el *Serio*, el *Oglio*, el *Mella*, el *Chiese*, el *Mincio* y el *Adige* bajan casi paralelamente del Norte á buscar el *Po*, partiendo en zonas estratégicas la Lombardía y el Veneciado.—Solo el *Adige* gira hácia Levante antes de llegar al *Po* y entra por sí mismo en el Adriático.)

A poco de pasar el *Adda*, que es la derivacion ó desugüe del Lago de Como, llegamos á *Treviglio*, graciosa ciudad de 10,000 habitantes, á cuyas puertas permanecemos tres minutos.

Desde *Treviglio* á *Bérgamo* el ferro-carril deja de dirigirse al Este y sube hácia el Norte hasta llegar al pie de los montes de la Valtelina, hijos de los Alpes tiroleses...

Pero hé aquí *Bérgamo*, patria del ilustre Donizzetti, y patria tambien de *Arlequin*, del bufon clásico de Italia.

*Bérgamo* es una capital muy importante y muy rica; mas nosotros nos habremos de contentar con verla por fuera, asentada en anfiteatro sobre verdes colinas y bañada por el *Serio* y por un confluente suyo.—En cambio, podemos solazarnos en contemplar el frondosísimo territorio que se extiende á sus pies, y que es acaso el más feraz y pintoresco que hasta ahora he visto en Italia.—¡Qué inmensos bosques de árboles frutales! ¡Qué numerosos ejércitos de olivos! ¡Cuántas amarillentas viñas! ¡Qué graciosas aldeas! ¡Qué profusion de cristalinas aguas! ¡Qué perfumado ambiente! ¡Cuántos ganados en las laderas de los montes! ¡Qué poéticos trajes los de la gente campesina!—¡Y qué zagalas, medio italianas, medio alpestres, con sus cabellos negros y su corpiño rojo, vienen á ofrecer á los viajeros *aqua limone, arancia e cedrato*!..

Pocos minutos despues de abandonar á *Bérgamo*, cruzamos el *Oglio*, que baja del *Lago de Iseo*.

Luégo pasamos por delante de los alegres pueblecillos de *Palazzuolo*, *Coccaglio* y *Ospitaletto*, señores de algunos valles tapizados de vides, hasta que hacemos alto en frente de la antigua y heroica ciudad de *Brescia*.

A la vista de sus viejas murallas, recuerdo á *Carmagnola*, al ilustre enemigo de los Visconti, al osado general, al servidor de Venecia, víctima de la feróz ingratitud del *Consejo de los diez*...

Y el nombre de *Carmagnola* me lleva naturalmente á pensar en la famosa tragedia de Manzoni, y pone en mis labios aquellos sublimes versos con que el gran *Condottier*, sentenciado á muerte, trata de consolar á su esposa y á su hija :

¡La morte!...

Il piu crudel nemico altro non puote  
che accelerarla.—¡Oh! gli uomini non hanno  
inventata la morte: ella saria  
rabbiosa, insopportabile:—dal cielo  
ella ne viene, et l'accompagna il cielo  
con tal conforto, que ne dar ne torre  
gli uom'ni poanno...

*Brescia* me recuerda tambien á Gaston de Fox y al caballero Bayardo, que tales proezas llevaron á cabo y contemplaron tambien al pie de sus muros, y los tiempos de la *Liga Lombarda*, en que figuraba esta pequeña República como uno de sus elementos más poderosos.—¡Ah! Los hijos de *Brescia* fueron siempre enérgicos y batalladores, y estas nobles cualidades les hicieron padecer horriblemente durante la dominacion austriaca.—Todo el mundo sabe, por ejemplo, la heroica resistencia que opusieron no hace muchos años al general Haynau.

Pero,—dicho sea francamente,—la gran celebridad de este pueblo proviene de haber dado cuna y nombre al audaz é infortunado reformador *Arnaldo de Brescia*, mísero fraile, que hizo tanto ruido en el *si-XII* como *Napoleon el Grande* en el *siglo XIX* (1).

*Brescia* es hoy una ciudad de 40,000 almas, no muy bella, dicen; pero rica de antigüedades y monumentos.—Sin embargo, yo no la veré... —¡Me llama *Venecia*... y me llama con tan fuertes voces, que bien sabe Dios que, si pienso detenerme esta noche en *Verona*, *Shakespeare* tiene la culpa!...—¿Cómo no visitar el nido de los amores de *Romeo y Julieta*?

Pero ¿que es esto?—¿En *Brescia* se queda casi toda la gente que venia en el tren!...

Comprendo el motivo. *Brescia* es la última ciudad de la *Lombardía*; el último pueblo importante de la *Italia... oficial*.—¡Nos acercamos á la frontera *austriaca*!

Así es que no bien salimos de *Brescia*, un silencio de muerte reina en los coches, como si hubieran enmudecido de pronto los cincuenta viajeros que todavía los ocupan.—¡Dolorosa mudez! ¡Casi todos ellos son *italianos*, y sienten vergüenza ó remordimientos de ir á la tierra dominada por el comun enemigo!

—¡Ah, traidores!... (se diria que exclama cada uno mirando á los demás.) ¡Con que no veniais á *Brescia*! ¡Con que os dirigiais al *Austria*! ¿Qué vais á hacer allí? ¿Vais á servir al tirano de *Venecia*? ¿Vais á vender la *Italia*? ¿Habeis sido espías en las ciudades libres y vais á ser sus delato-

(1) Hé aquí sucintamente la historia de *Arnaldo*, tal como la trae un *Diccionario Biográfico*, escrito por hombres muy ortodoxos:

*Arnaldo de Brescia*, famoso hereje, nació en dicha ciudad el año de 1100. En su juventud pasó á Francia y fue discípulo de *Abelardo*, despues de lo cual volvió á su país y tomó el hábito de religioso. Pretendió reformar el clero y restablecer la primitiva iglesia, sosteniendo que los eclesiásticos no podían poseer bienes temporales sino á trueque de condenarse. Hizo un gran número de partidarios y produjo turbulencias en muchas ciudades en que el pueblo empuñó las armas contra los sacerdotes. Condenado por el papa *Inocente II* y por el concilio de *Letran* en 1159, se retiró algun tiempo á Suiza; pero en 1144, viendo crecer su partido, fué á Roma y arrojó de ella sucesivamente á los papas *Lucio II* y *Eugenio III*. Enlazando la reforma política á la reforma religiosa, restableció la antigua república y creó un senado. Durante diez años fue dueño de Roma; pero al cabo de este tiempo, *Adriano IV* logró entrar en la capital, haciendo huir á *Arnaldo*, que se refugió en Toscana. El emperador *Federico Barbaroja*, á quien *Adriano* habia pedido auxilio, prendió al fin á *Arnaldo* y lo entregó al prefecto de la ciudad eterna, el cual le hizo cortar la cabeza en el castillo de *Sant'Angelo*, el año de 1155.

res en la ciudad esclava? Yo hago este penoso viaje, compelido por sagrados intereses de familia... ¿Lo haceis vosotros para decir á los *tudescos* que yo soy ardiente italiano y que aborrezco de muerte á Francisco José?»

Algo por este estilo irán pensando mis compañeros de viaje. El hecho es que callan, ó se hablan secretamente, y que se miran con recelo y desconfianza, y que el fuego del odio reluce en sus pupilas, y que el respeto al gran infortunio que van á presenciar entristece sus semblantes...

Asi cruzamos por *Lonato*; asi atravesamos un largo túnel y un hermosísimo viaducto, y asi llegamos á las tres y media de la tarde á *Peschiera*.—¡Nos hemos metido en la boca del lobo!

La frontera austriaca pasa por la Estacion que tiene el ferro-carril á las puertas de esta ciudad, de cuyas resultas la policía del Imperio ha establecido aquí una especie de torno, como el de los conventos de monjas, en el cual entra el viajero, para ser prolijamente examinado y requerido.—Una vez reconocidas la formalidad de su pasaporte, la legalidad de su equipaje, la inocencia de su historia y la honradez de su fisonomía, se le hace pasar al otro lado del torno, y nuestro hombre se halla en territorio austriaco.

Yo acabo de sufrir esta humillante inspeccion, este interrogatorio, esta pesquisa en mi pobre saco-de-noche, y hasta ciertas miradas á mis bolsillos (que llegué á recelar se tornaran en un registro grosero), y me encuentro ya en el *Cuadrilátero*, en la cárcel de un pueblo ilustre, en el triste presidio de la que fue soberana República de Venecia.—En cuanto á mi pasaporte, se halla aún en manos de la Policía, acompañado de una declaracion que acabo de prestar acerca del objeto que me trae á este país, del tiempo que pienso permanecer en él, de mi procedencia y de mis intenciones...—¡Y á esto se llama *reinar!*...

*Peschiera*, Plaza Fuerte, situada sobre el *Mincio*, á su salida del *Lago de Garda*, forma, con *Legnano*, *Mántua* y *Verona*, el famoso *Cuadrilátero* en que se apoya el Austria para dominar el Veneto.—La frontera corre ahora por en medio de este lago y de este rio, como antes pasaba por en medio del *Tessino* y del *Lago-Mayor*.

Yo espero mi pasaporte y el permiso de continuar mi viaje, asomado á un balcon de la sala-de-espera, que da sobre el *Lago de Garda*, y desde el cual se descubre un panorama soberbio...

Son las cuatro de la tarde.—El sol empieza á declinar, recostándose en un pabellon de nubes de púrpura y enrojeciendo las sosegadas aguas...—El lago parece de sangre.—A las orillas del *Mincio* vagan algunos soldados con levita blanca y capote gris...—Yo he visto antes de ahora esos uniformes en litografías que represntaban las batallas de *Magenta* y *Solferino*, y siempre los vestian los heridos y los muertos!

¡Son los austriacos!—Al otro lado del rio, y al término de una dilata-

da llanura, distingo dos pueblecillos, cuyas torres parroquiales se miran á gran distancia.—El uno es *Villafranca*: el otro es *Solferino*.—Hácia el Norte se elevan unas corpulentas montañas de color de violeta, á cuyo pie se distinguen muchas villas y ciudades.—Las de esta orilla son libres: las de la otra son siervas.—El Veneciado y la Lombardía se miran aquí al través de las aguas con la misma angustia que antes se miraban, al través del Lago-Mayor, la Lombardía y el Piamonte.—Finalmente: algunos vapores cruzan las olas, paseando á la vista de los redimidos habitantes de *Desenzano*, *Salo* y *San Marcos* la aborrecida bandera austriaca!...

Dentro y fuera de este salon, en torno mio y á lo lejos, reina un silencio sepulcral.—Sin esto, me parecería que sobre ese Lago se está dando en este instante una batalla.—La niebla, enrojecida por el sol poniente, semeja el humo de la inflamada pólvora... El relucir del agua trae á la imaginacion el brillo de los aceros... El odio, que reina noche y dia en esta comarca, aguarda sólo una señal para trocarse en encarnizada lucha...

Esa batalla se dará indefectiblemente.—Todo lo violento es transitorio.

.....  
 Mientras escribia en mi cartera estas reflexiones, se ha acercado á mí un señor muy rubio, y se ha puesto á ver, por encima de mi hombro, lo que yo hacia con el lápiz sobre el papel...—¿Si creeria que estaba ideando un plan de ataque contra *Peschiera*?

De cualquier modo, se habrá quedado en ayunas; pues mis abreviaturas españolas no son para leidas por cualquier aleman...

Al fin me dan el pasaporte.—Trae doblado un pico, y algunas señales misteriosas hechas con lápiz...—¿Qué significará esto?—¿Será una patente de mi inocencia, ó atraerá sobre mí la vigilancia de la policia?

Ello dirá.

A eso de las cinco salimos de *Peschiera*, pasando el *Mincio* sobre un magnífico puente.

Los coches del nuevo tren son hermosísimos. Los campos están perfectamente cultivados. Los caminos vecinales podrian servir de modelo.—Pues, señor; está visto: en cuanto á *bienes materiales*, la administracion austriaca no deja nada que desear.

Ya van en el tren tantos tudescos como italianos.—El silencio se hace más terrible, más amenazador que nunca!—En mi coche, por ejemplo, se respira una atmósfera pesada, afflictiva, cargada de odio y de maldiciones...—Dentro de él va un inspector de policia.—Yo creo que si se cerrasen las ventanillas y se encudiese un fósforo, estallaria el carruaje, como una habitacion llena de gas...

En las Estaciones se ven escudos de armas del Imperio y gruesos destacamentos de tropa, cuyas severas levitas blancas y hermosas y serias fisonomías me recuerdan siempre la campaña del año último...—Los ita-

tianos fingen no reparar en nada.—Los *vencidos* están tristes; pero no do-  
mados.—Así es que todo el mundo conviene en que desean *volver á em-  
pezar*...

Llegamos al fin delante de *Verona*.

*Verona* se aparece al caminante precedida de muchas líneas de forti-  
ficacion,—fosos, parapetos y trincheras;—rodeada de sólidos muros, flan-  
queados de recias torres;—protegida por un doble cinturón de *fuertes* ais-  
lados;—dominada por grandes palacios y un Castillo,—y defendida ade-  
más por el anchuroso y profundo *Adige*, que cerca casi completamente la  
antigua Ciudad, separándola de una Isla y de un Barrio que llevan el  
nombre de *Veronetta*.

¡Yo soy el único viajero que se queda en *Verona*! Los demás siguen  
en el tren hacia *Venecia*, á donde llegarán á las once de la noche.

Despídome de H. de V., y quédome solo y triste, entre unos esbirros  
que examinan de nuevo mi pasaporte y mi equipaje, y unos cocheros que  
me nombran todos los hoteles y *albergui* de *Verona*, brindándose á lle-  
varme á ellos.

Casi estoy ya arrepentido de haberme quedado.

Empieza á oscurecer.—La atmósfera está húmeda.—Este país es mal-  
sano.

Tengo frio...; pero un frio que me anuncia la fiebre.

—¿A dónde va usted á parar? me pregunta un comisario de po-  
licía.

—Venga usted al *Hotel de las Dos-Torres*, me dice un cochero.

—No señor; al de la *Torre de Lóndres*, me aconseja otro.

—A la *Gran Czarina*, añade un tercero...

—Decídase usted, continúa el comisario.—Yo me quedo con el pasa-  
porte. Mañana á las diez se presentará usted en la Policía á recogerlo.  
Entre tanto, conserve usted este papel.

¡Qué nombres de hoteles! ¡*Las Dos-Torres*! ¡*La torre de Lóndres*!—Yo  
creo que me dicen que elija prision.—¡*La Gran Czarina*! ¡Qué adulacion  
á la despótica Rusia!—¡Y además se quedan con mi pasaporte!...—Esto  
es cortarme las alas. ¡Ya no seré libre! ¡Ya no podré marcharme en el mo-  
mento que se me antoje, ni sin decir el pueblo á dónde me dirijo!...—  
¡Adios, pues, mi hermosa independenciam! ¡En adelante seré esclavo de mi  
palabra y de las concesiones de un comisario!

—Vamos al hotel de *Las Dos-Torres*, exclamé por último.

El papel que me ha dado la policía dice así,—en inglés, francés, ale-  
man é italiano:

*Il viaggiatore si presenterá entro il termine de 24 ore all' I. R. Ufficio  
di Polizia per ottenere la vidimazione del suo passaporto, od il permesso  
di soggiornare in questa città.*

¡El permiso de vivir en esta ciudad!...—¡Pobre Austria... y qué tra-

bajo le cuesta tener un puerto de mar y algunos millones de esclavos!

Con estas y las otras, cuando subo á *Verona* ya es de noche.

Entro por la puerta del Obispo (*Porta-Vescovo*).

Las calles que recorro son anchas y solitarias.

Todavía no han encendido el alumbrado público, ni acaso lo enciendan; pues en el almanaque hace luna...

Y digo en el almanaque, porque una espesa niebla impide á sus plateados rayos llegar hasta las calles de *Verona*.

El coche pasa luego sobre el *Adige* por un largo puente. En seguida recorreremos diez ó doce calles cortas y rectas, en que se ven pocas tiendas y muchos soldados, hasta que al fin llegamos á una plaza en que se levanta una gran Iglesia.

A la derecha del templo hay un viejísimo y deforme Palacio.—Es el *Hotel*, coronado por las dos Torres que le dan nombre.

Yo estoy por decir que me han encerrado en una de ellas, como á un prisionero de los tiempos románticos.

En todo el Palacio no he encontrado más alma viviente que el camarero que me ha conducido á mi habitación.

Esta es muy grande, muy triste y muy fría...

Dichosamente, tiene chimenea...

Pero ¡ah! la chimenea da humo...

—Todavía no hemos alfombrado, dice el servidor, reparando en la displicente mirada que dirijo al aposento.

Lo que yo creo es que el dueño del *Hotel* no había previsto que pudiese parar aquí este año viajero alguno.

Y á la verdad que el que acaba de penetrar por sus puertas no le sacará de pobre.—Una violenta calentura me hace temblar como un azogado...—Digo, pues, que ya he comido; pido agua de naranja, y me acuesto, despues de apagar la chimenea.

¡Qué noche! A las cuatro de la madrugada aún no he podido conciliar el sueño.

En cambio, lucho desesperadamente con mil visiones y pesadillas, producidas por la fiebre que me devora.

¡Y cosa estraña! el sentimiento dominante en mis alucinaciones es un miedo cervical á los austriacos; no sé qué terror pueril, parecido al que me inspiraba en mi niñez una habitación oscura.

Yo no he tenido el gusto de vivir bajo el antiguo régimen. Yo no conozco la tiranía sino de nombre. Cuando abrí los ojos al mundo, me encontré en una sociedad libre, digna, racional, que ofrecia á todos los individuos el sagrado amparo de las leyes.—Todo lo que despues ha querido pasar en España por despotismo, me ha hecho reir. La tiranía de nuestros ministros responsables me ha parecido siempre cómica, y no he tenido nunca la fortuna de temer la ira de aquellos sultanes de sainete que arrancaban á los periódicos tantas lamentaciones.—No: yo no he co-

nocido el drama político, sino la vulgar comedia. Yo he envidiado la suerte de nuestros padres, que tuvieron que luchar contra la arbitrariedad de los conquistadores, contra la Inquisición, contra Fernando VII... enemigos respetables hasta cierto punto! Yo he dicho en cierta ocasión:

¡Oh!... ¡quién me diera de la antigua fama  
digno un lugar, en que la estéril vida  
rendir en feudo á patria, Dios y dama!  
¡Quién el desierto de la edad perdida  
poblar pudiera de esforzados hechos,  
dignos de un alma á batallar nacida!

Yo he suspirado, en fin, por trágicas situaciones, lamentando no haber nacido en Polonia, en Hungría ó en Venecia.—¡Ah! en estos pueblos es imposible el ocio del alma! ¡El amor y el odio tienen grandes objetivos! ¡El esfuerzo individual halla dispuesto un gran teatro y puede prometerse un noble premio! ¡La vida y la muerte encuentran á cada instante un empleo digno, que á cualquiera le es dado alcanzar, con aplauso de Dios y de la patria!...

Ahora bien: la esclavizada *Verona* reproduce en mi imaginación todos mis sueños de conspiraciones, luchas, cárceles, tormentos y patíbulos.

Aquí reina un despotismo serio, dramático, pavoroso.—Así eran la España de 1809, invadida por Napoleón, y la España de 1824, dominada por el absolutismo.—Tal se encontraba también Francia en la época del Terror.

Estas ideas, confundiéndose con otras, me han hecho pensar en el Santo-Oficio, en la Vendée, en las crueldades marroquíes, en Antonio Pérez, en la Ley de Sospechosos, en el 2 de diciembre, en el *orden* de Varsovia, en la Saint-Barthelemy y en Silvio Pellico, en Savoranola y en otros muchos horrores y heroicidades.

Y uniéndose esto á cierto drama que vi representar cuando niño, titulado *Jusepo el Veronés*; y al *Congreso de Verona*, que produjo la gran iniquidad de 1823; y al fúnebre desenlace de *Romeo y Julieta*; y al recuerdo de la familia *Scala*, que tantas atrocidades hizo aquí; y á todo lo que se cuenta de las prisiones y persecuciones que en estos dias se llevaron á cabo contra los pobres veroneses que aman el dulce nombre de *Italia*, háceme pasar una noche que no olvidaré jamás y que con sobrada razón he llamado *noche lúgubre*. . . . .

## II.

«REDEUNT SPECTACULA MANE.»—EL PALACIO «GIUSTI.»—UN PASEO POR VERONA.—OTRO ANFITEATRO.—EL SEPULCRO DE JULIETA.—PASO POR PÁDUA.—VENEZIA A LO LEJOS.—LLEGADA A VENEZIA.

Verona, 3 de noviembre de 1860.

Son las doce de la mañana; de una mañana hermosa, templada, refulgente, rica de sol y de alegría.

El cielo está azul; el aire sosegado; mi espíritu tranquilo.

La fiebre y sus visiones desaparecieron con la noche y sus tinieblas.

Me encuentro en los Jardines altos del soberbio *Palacio Giusti*, que dominan á toda *Verona*.

El día está tan claro que distingo desde aquí un horizonte de veinte leguas.—El *Adige* reluce por todas partes, como una inmesa serpiente de plateadas escamas que se desliza ondulando por la amplísima llanura.—Allá, hácia el Norte, se perciben las ásperas montañas del Tirol.—Por la parte del Sur y Levante, el terreno se inclina suavemente, adivinándose ya su muerte en el Adriático.

A mis pies se extiende la Ciudad, coronada de torreones, cúpulas y campanarios, y atravesada por el ancho río, cuyo magestuoso curso cortan cinco puentes. A mi alrededor se levantan árboles seculares, viejas estatuas, escaleras de mármol que conducen de un jardín á otro, y un Palacio del siglo XIV que pudiera pasar por prision y fortaleza.

Imposible parece que Shakspeare escribiera su gran tragedia sin haber venido á Italia, sin haber estado en *Verona*, sin haber visto este Palacio.—En estos jardines, llenos de fúnebres cipreses y rodeados de altos muros, se respira no sé qué romántica tristura semejante á la que domina á todos los personajes de *Romeo y Julieta*.—El mismo alborozo con que cantan los pájaros, rien las aguas y abren sus cálices las flores, infunde honda melancolía, cual si se adivinase que los encantos del amor y de la belleza han de vivir cautivos y atormentados en este severo recinto.

Mas no creais por esto que el *Palacio Giusti* tiene relacion alguna con aquel doloroso drama.—La casa de Julieta, al decir de los veroneses, se encontraba situada al otro lado del *Adige*, sin que se designe el sitio.—No sucede lo mismo con su sepulcro, al cual haremos luégo una visita,—siempre bajo la fe de la tradicion.

Tambien recuerda este Palacio aquellos tiempos de *Verona* en que reinaba en ella el *Can grande de la Scala*, jefe del partido gibelino y amigo y protector de Dante.—(Sabido es que los *Scala* fueron en la historia de *Verona* lo que los *Visconti* en la historia de Milan: los verdugos de la ciudad y la gloria y la grandeza del Estado).



Para venir desde el Hotel hasta aquí, he seguido el camino más largo, deteniéndome en calles y plazas, penetrando en algunas Iglesias y procurando sentir y comprender los principales caracteres de *Verona*.

(Al mismo tiempo he rescatado mi pasaporte.)

*Verona*, á pesar de sus 50,000 habitantes, de su gran importancia militar y nobles recuerdos históricos, pasaria hoy á los ojos de un hombre *práctico*, por una capital pobre y fea.—Para mí, su pobreza y su fealdad constituyen todo su mérito.—*Verona* es una ciudad de la edad media, alumbrada por el sol del siglo XIX.—Parece, pues, un ilustre señor arruinado, pero no degradado, que soporta orgullosamente su miseria sin descender á oficios indignos de su elevada clase.

Las calles de *Verona* son por lo regular anchas y largas, y rara es aquella en que no se ve más de un antiguo palacio de melancólico aspecto, cuya portada gótico-lombarda, ó del Renacimiento, ó bizantina, contrasta amargamente con los vidrios rotos de los balcones, con las apollilladas maderas de las puertas y con la humilde condicion de sus actuales inquilinos.

En la *Plaza de los Señores* he visto el antiguo *Palacio de los Scala*, convertido hoy en Casa Municipal, y el *Palacio del Consejo*, adornado con las Estátuas de los Veroneses célebres, entre los cuales se cuentan hombres tan insignes como Cornelio Nepote, Catulo y Plinio el Joven.—¡Bien podian los modernos haber añadido una escultura más, en honor del grande artista *Pablo el Veronés!*

La *Piazza delle Erbe* (*Plaza de las yerbas*) me ha llamado aún más la atención, por el sello de antigüedad que conservan todos los edificios. Las fachadas de la mayor parte de las casas particulares están pintadas al fresco. En un lado se ve la *Loggia* de los mercaderes, ó sea la Alhóndiga, ó la Lonja, edificada en el siglo XIII. En otro se levanta el Palacio de los célebres *Maffei*, donde nació hace dos siglos el mas insigne individuo de esta familia, el marqués Francisco Scipion, capitan y literato muy famoso.

Hay todavía en *Verona* otra Plaza notable, la *Piazza Bra*, en la cual no he estado todavía, pero á la que he de ir forzosamente; pues en ella se levanta el tan celebrado anfiteatro romano, conocido con el nombre de *l'Arena*.

Además de ese monumento, encierra esta ciudad otros muchos que acreditan el alto grado de importancia que alcanzó en los grandes tiempos de Roma.—Entre ellos merecen citarse la *Porta Borsari*, arco de triunfo que se encuentra en medio del *Corso* (calle principal, que sirve de paseo á la aristocracia veronesa), y *l'Arco de Leoni*, que se cree erigido por Vespasiano.

En cuanto á las *Iglesias* de *Verona*, que pasan de cincuenta, y de las que, como os he dicho, he visitado algunas esta mañana, son dignas de toda la atención del viajero por su venerable antigüedad. Ellas solas bastarian para resolver muchos problemas de la historia del arte y acla-

rar el caos de aquella época en que el sentimiento cristiano buscaba su expresión en la arquitectura *lombarda*, asimilándose y purificando los corrompidos restos de la antigua forma clásica, adulterados al chocar con el gusto bizantino, y pugnando por fundirlos con el estilo gótico, floreciente en Alemania.

Lo más notable que encierra *Verona* en este género es la Iglesia de *San Zenone*, fundada por Pepino, restaurada en el siglo X y reedificada, tal como se halla hoy, á mediados del siglo XII.

Pero es cerca de la una, y á las dos sale el tren para Venecia, á donde llegaré esta tarde á las seis.—Aprovechemos esta hora en ver el *Anfiteatro* y la *Tumba de Julieta*, y partamos.

Estoy en la *Arena*, que, como os he dicho, se halla situada en la *Plaza Bra*.

Esta plaza constituye el centro de *Verona*, y se comunica con e *Stradone de Porta Nuova*, ancha y hermosa calle formada por palacios y jardines.—Adornan la Plaza dos *Cuarteles* monumentales, uno antiguo (*Gran Guardia antica*) y otro moderno (*Palazzo de la gran Guardia*), así como un bello Teatro, precedido de Pórticos llenos de preciosidades arqueológicas, que hacen de aquel lugar un verdadero museo.

En cuanto al *Anfiteatro*, en cuyas gradas más eminentes estoy sentado escribiendo estos apuntes (como hace dos días en la *Arena* de Milan), es una impotente y grandiosa construcción que respira aquella magestad cesárea peculiar de las grandes obras de los romanos. Su forma es elíptica, y el gran diámetro no baja de 450 pies. Hasta hoy se han hundido dos pisos, y con ellos todos los palcos, quedando solamente cuarenta y cuatro gradas de mármol blanco en que caben 22,000 personas.

Tan sensible ruina ha provenido de la funesta idea que tuvieron los veroneses, hace algunos siglos, de levantar tiendas y hasta habilitar casas sobre este colosal cimiento,—casas y tiendas que no desaparecieron hasta hace 200 años. Hoy habita todavía alguna gente en los vomitorios y en las galerías bajas; pero sin que le sea permitido á nadie añadir ni quitar una sola piedra á tan augusto monumento.

Dos mil años de fecha cuenta esta obra portentosa, y aún parece recién construida en su mayor parte, causando asombro la solidez y atrevimiento de sus arcos y galerías. Puede, pues, asegurarse que seguirá de pie miles y miles de años, si la barbarie ó un cataclismo no la destruyen, y respétasela tanto por lo que ha visto en veinte siglos de existencia pasada, como por lo que le resta que ver en las edades futuras.

¡Quién sabe cuántos monumentos, cuántos palacios, cuántas ciudades que hoy se levantan, se borrarán sobre el haz de la tierra antes que acabe de sepultar su frente en el polvo este gigante moribundo!—Para imaginarlo, basta pensar en las cosas que han nacido y han muerto desde que esta dilatada galería recibe la visita diurna del infatigable sol. lo demás, yo me he complacido varias veces, durante las dos hora<sup>s</sup>

que llevo de recorrer estas gradas, en figurarme el anchuroso Circo poblado por los 50,000 espectadores que cabian en él, y he creido verlos, sentados á la sombra de cortinajes de seda, vestidos con la túnica y el manto, descubierta la frente, hablando el latin, nuestra materna lengua, en tanto que de las 24 prisiones que acabo de visitar iban saliendo los esclavos, los criminales ó los cristianos destinados á las fieras...

Y recordando nuestras fiestas de toros, he escuchado, sin hacer un gran esfuerzo de imaginacion, el vocerío de la muchedumbre, el grito del condenado, el rugido del tigre que se lanzaba sobre él, el atronador aplauso, el alarido de las trompetas...

Y luégo, andando el tiempo, he visto desaparecer aquellas gentes, y reinar el silencio y la soledad en el *Anfiteatro*, y crecer la ociosa yerba entre los mármoles, y aparecer por un vomitorio una procesion de hombres pálidos y tristes, vestidos ya de otra manera, que paseaban solemnemente una Cruz por uno y otro corredor, por las gradas, por los acueductos que servian para los juegos navales, por las prisiones empapadas de lágrimas, por la arena empapada de sangre, y por la tribuna que profanó la crueldad bajo la investidura de la justicia...

Todo esto he creido ver.

Y despues he visto, no ya con la imaginacion, sino con los ojos, otra cosa que me ha hecho reir homéricamente y que merece ser contada.

Es el caso que, en medio de la arena del Circo, se ha construido moderadamente un *Teatro*, improvisado con madera y lienzo, en el cual, á lo que me han dicho, se representan pantominas los domingos por la tarde. —Una tercera parte de las gradas tienen vista sobre el escenario, y en ellas se coloca la plebe. En el espacio que media entre el *Teatro* y las gradas hay algunas hileras de sillas en que se sientan las personas de mas suposicion. Y por último, desde el proscenio hasta la circunferencia del Circo, avanzan divergentemente dos galerías, cubiertas de tejas, en que se hallan los palcos de la aristocracia. Un insignificante corredor del colosal edificio sirve de café, y aún resulta grande para tal uso!

Cualquiera diria que un espíritu burlon ha concebido la idea de este coliseo para establecer un contraste entre los pasados y los actuales tiempos de *Verona*.

—Esta *rebanada* (permitidme la palabra) del antiguo anfiteatro, sirviendo para contener un templo de las artes modernas y al público veronés de hoy, es la mas cruel irrision que puede hacerse del destino de algunos pueblos y de las vicisitudes humanas.

Aparte de esto, las galerías inferiores sirven para almacenes de heno y paja de la caballería tudesca. En otro lado se ve un gran depósito de leña, de donde creo que se surte toda la capital! ¡Y sin embargo, el edificio es tan inmensurable, que con encerrar tantas cosas, resulta todavía desierto y desocupado!

Para venir del *Anfiteatro* á la *Tumba de Julieta* he pasado por una

hermosa calle, en la cual he visto asomadas á calados balcones de renegrido mármol, ó á ferradas rejas, algunas *Julietas* de nuestros dias, vestidas de tartan y de otras humildes telas ahora en uso.

Entre estas *Julietas* habia una tan hermosa como pudo serlo la de Shakspeare, y su vista me ha hecho el mismo efecto que el sol contemplado desde las gradas de *l'Arena*.

El sol, tan jóven y amoroso hoy como lo era hace veinte siglos, contrastaba allí con las obras del hombre, cuya vida es una continua muerte y para las cuales existir es envejecer y aniquilarse.

Pues lo mismo acontece con el amor.—El amor, que se hubiera dicho enterrado con *Romeo*, *Páris* y *Julietta*, ha vuelto todos los años á *Verona* á inflamar nuevos corazones.

Y la bella adolescente que acabo de admirar, es el sol del amor que vuelve hoy al mundo, mientras que el corazon de algunos hombres se parece á las ruinas del Anfiteatro.

La *Tumba de Julieta*, ó sea el sepulcro vacío de granito rojo que, al decir de todo *Verona*, encerró el cuerpo de aquella infortunada amante, se encuentra hoy en un Establo vecino á un Jardin, que fue en otro tiempo Cementerio de un Convento de franciscanos.

Este Convento, al que perteneció indudablemente aquel bondadoso fraile que protegía á *Julietta* (el padre *Lorenzo*, si no recuerdo mal), es hoy Cuartel de los ingenieros austriacos.

El Jardin pertenece á unos pobres hortelanos que lo obligan á criar lechugas y calabazas. Algunos parrales, que lo hermopearian antiguamente, yacen ahora por tierra. Las flores, desterradas por la horticultura, se han refugiado en algunos rincones, al pié de las tapias, donde viven y se aman tímidamente, sin incomodar á nadie.

Un niño de ocho á nueve años, hijo del dueño de la huerta, sirve de conserge del establo en que se halla el sepulcro, y es el encargado de mostrar y esplicar á los viajeros aquella venerada peña..... que no sé yo por qué es objeto de tan solemnes peregrinaciones.—Pues ¡qué! ¿el amor ha muerto?

Yo comprendo que se visiten las ruinas de pasadas instituciones, de hundidos imperios, de civilizaciones desvanecidas... y las tumbas de los conquistadores, de los artistas y de los sabios... ¡Pero visitar el sepulcro de una enamorada cualquiera, de una muchacha vulgar, sin importancia histórica, desposeida hasta de virtud..., ¡y todo porque amó mucho, y porque dos hombres murieron por su amor!...

No nos hagamos ilusiones.—La importancia de esta jóven no está en ella misma, sino en ser heroína de una tragedia de Shakspeare, del primer genio dramático del mundo, y el homenaje que los viajeros tributan á este sepulcro (de cuya autenticidad se duda con sobrado motivo) pertenece por entero al gran poeta.

Así y todo, el tierno guardian del amatorio monumento me ha dicho

que la archiduquesa María Luisa (la viuda de Napoleon I) se hizo labrar un collar y unos brazaletes con granito de este sepulcro, y que todas las damas sentimentales de Verona dieron en llevar entre sus diges un pequeño sarcófago de la misma materia, pagada á peso de oro...

Háse, pues, prohibido rigorosamente por el gobierno austriaco semejante comercio, sin embargo de lo cual (y sentiré que esta declaracion mia pare perjuicio al hijo del hortelano) yo mismo he entrado en codicia, á causa quizás de la prohibicion, y llevo en el bolsillo un pedazo muy regular de tan codiciado tesoro, con el cual pienso hacer un tintero...

Por lo demás, este pobre muchacho, que penetra en la vida pronunciando á todas horas, y sin comprenderlas, las dos palabras sacramentales de los humanos destinos—*amor y muerte*,—sabe de memoria el argumento de la tragedia del inmortal Guillermo, y cuenta las cosas con tanta inocencia, naturalidad y gracia, que hay momentos en que cree uno que *Capulet, Montaigu, Scalus, Baltasar, Mercutio y Gertrudis* existen todavía; que *Romeo, Julieta y Páris* murieron hace dos ó tres años, y que este chico se acuerda vagamente de ellos y de su trágico fin, como de una cosa que sucedió cerca de su cuna.

—¿Ve usted en aquella tapia?—dice el rapaz con su voz argentina.—¿Ve usted allí unas piedras desmoronadas que dejan una brecha en el muro?—Pues por allí entró *Romeo* en el cementerio.—¿Ve usted estos agujeros del sepulcro?—Pues se hicieron para que respirase *Julieta*, la cual, como usted sabe, no estaba muerta cuando la enterraron, sino solamente narcotizada.—¿Ve usted esta ligera concavidad?—Pues este era el lugar de la cabeza...

En medio del ex-jardín, bajo una medio hundida glorieta, formada por vides y calabazas muy gordas, se ve el sitio que ocupó antes el sepulcro.

Al sacarlo, ha quedado una especie de estanque, lleno de agua hasta la mitad.

¿Son las lágrimas de los peregrinos? ¿Es la lluvia del cielo?

Aunque *Verona* no es el lugar más á propósito para que un español recuerde con gusto á Chateaubriand, no puedo menos de repetir aquí las patéticas palabras con que termina *El Ultimo Abencerraje*:

«Aquel monumento (la tumba de *Aben-Hamet*) es muy sencillo: la piedra sepulcral es toda lisa, sin adorno ni inscripcion: solamente en medio de ella, segun una costumbre antigua de los moros, hay una especie de concavidad, cortada á propósito con el cincel á manera de una pila. El agua de la lluvia se recoge en el fondo de aquella copa fúnebre; y en aquel clima ardiente, las aves del cielo bajan allí á aplacar su sed.»

¡Pues señor, estamos en marcha para Venecia! ..

¡Nada podrá ya detenerme!—Pasaré por *Vicenza* y *Pádua* sin hacer

alto; ¡y eso que Pádua me interesa vivamente!...—Pero ya la veré cuando vuelva de Venecia con direccion á la Romaña.

Al salir de Verona, el tren ha cruzado el *Adige* sobre un magnífico puente.

Luégo hemos visto á la derecha los *Baños de Caldeiro*, en cuyas cercanías combatieron muchas veces, á principios de este siglo, Francia y Austria, y se cubrió de inmarcesible gloria el general Massena.

Más adelante hemos saludado los célebres campos de *Arcole*, regados tambien de sangre austriaca y francesa, y una de las páginas más brillantes de la historia de Napoleon I.

Despues hemos pasado cerca de dos Castillos ruinosos que, segun la tradicion, son las antiguas moradas de las familias enemigas de Romeo y Julieta, esto es, de los *Montaignu* y los *Capulet*, ó sea de *Capulletti e Montechi*, como se dice en la ópera.—Ello es que se levantan sobre dos colinas gemelas y que se miran frente á frente.

Ahora, en fin, nos encontramos parados al pie de *Vicenza*.

.....  
*Vicenza* es famosa en la historia del arte por ser cuna y contener las principales obras del inmortal *Palladio*, arquitecto ilustre que fijó el gusto vacilante del Renacimiento y sirvió de modelo y guia á la arquitectura moderna.—Yo siento en el alma no ver los Palacios y las Iglesias que constituyen la gloria de ese artista; pero consuélame de todo la idea (que ya no me abandona ni un instante) de que dentro de tres horas habré surcado la laguna en que se sienta *Venecia* y me pasearé ufanamente por la plaza de San Marcos!...

.....  
 Despues de algunos minutos de detencion, durante los cuales nos dejan algunos compañeros de viaje é ingresan en el tren otros nuevos, silba el pito de la locomotora, óyese cerrar apresuradamente todos los coches y seguimos nuestro camino.

.....  
 Al cabo de una hora de atravesar como un relámpago por fértiles campiñas, llenas de quintas y de aldeas, y por dos largos túneles, y sobre algunos riachuelos, volvemos á hacer alto, y un empleado del ferrocarril grita con voz estentórea:

— ¡*Padova!* ¡ *Padova!* ¡ *Cinque minuti!*

— ¡*Pádua!* ¡ La ciudad de San Antonio! ¡ La ciudad de *Angelo*, tirano de idem! ¡ La patria de Tito-Livio! exclamo yo, consultando apresuradamente mi memoria.

Y miro por las ventanillas del coche, y sólo veo una estacion como cualquiera otra, á la derecha del camino de hierro, y detrás una carretera, y luego un collado en que aran algunos labradores, y en último término unas voluminosas cúpulas, doradas por el sol poniente...

¡ Aquella es *Pádua!*...—Ya volveré dentro de algunos dias...

.....



PUENTE DE LOS SUSPIROS EN VENEZIA.





Tornamos á caminar.

El terreno baja progresivamente... Algunos canales, se dirigen hácia Levante... A lo lejos se abre un horizonte profundo...

Nos acercamos al Adriático.

Al ocultarse el sol, pasamos el melancólico *Brenta*, cuyas aguas van á alimentar la *fatal laguna*.

Sucédense los pantanos; escasean las tierras cultivadas; ya no se ve humana vivienda por ninguna parte...

Los tristes resplandores del crepúsculo se pierden en la monótona soledad...

Ya respiramos el ambiente marino...

Acércase la noche...

*Mestre* es la última estacion de tierra firme...

En la pequeña ciudad que lleva este nombre, empiezan ya á encender el alumbrado...

Es noche completa.

Al salir de *Mestre*, pasamos al lado de algunos Fuertes.

Luego vemos blanquear el terreno á derecha é izquierda del camino...

—¿Qué es eso que blanquea? pregunto á un compañero de viaje.

—Es agua... me responde.

En efecto, aquello es agua... alumbrada tenuemente por la luna.

Hemos entrado en el magnífico Viaducto de una legua de largo que une á *Venecia* con el continente.

En otro tiempo ya habríamos tenido que tomar un barco para llegar al archipiélago que constituye la Ciudad.

Hoy pasa el Ferro-carril por encima de las aguas, como el pueblo hebreo sobre el Mar Rojo.

Este istmo artificial es una de las obras más atrevidas que existen en Europa.

¡Y qué emoción causa sentirse llevado con tal violencia, y como por arte mágica, sobre la extension de las olas!—A cualquier parte que se mire, no se ve más que agua; agua sin fin por la izquierda; agua y más agua á la derecha; agua delante y detrás de la locomotora...—Y sin embargo, esta ruge, y camina, y devora la distancia, arrastrando su formidable séquito de wagoes y reflejando la lumbre del fogon y la luz rojiza de sus linternas en el unido cristal de la plácida laguna.

Entre tanto empíezase á ver surgir del plateado horizonte una fulgente constelacion de luces, que forma como un inmenso collar de topacios, cuyos reflejos tiemblan en las olas...

Luego se destacan sobre el estrellado cielo algunas pardas sombras de cúpulas y campanarios...

Despues se distinguen ya los cristales de los balcones, irradiando, ora

la blanca claridad de la luna, ora la luz dorada que brilla en cada aposento...

Todo aquello parece un colosal navío de ébano, plata y oro, ó un fantástico alcázar en que los resplandores de una maravillosa fiesta logran hacer más bella que el día la lúgubre oscuridad de la noche...; pero lo cierto y positivo es que tenemos ante los ojos á la esposa del mar; á la reina del Adriático; á la ciudad de los *Dux*; á la encantadora *Venecia*!

En esto desaparece tan espléndida vision, y penetra el convoy en un vasto recinto cubierto de hierro y de cristal é iluminado intensamente por colosales faroles...—Estamos en la Estacion.—Hemos llegado.

—¡*Venezia*! ¡*Venezia*! gritan los empleados del camino de hierro, con la misma indiferente tranquilidad y rutinario tono con que pudieran decir:—¡*Getafe*! ¡*Getafe*!

VENECIA—leo yo en el muro de la Estacion.

Y por donde quiera que miro, sólo veo mozos, polizontes, empleados, carbon de piedra, reverberos, máquinas, coches, el *buffet*, el *café*, las oficinas, el despacho de billetes, el salon de equipajes y otras vulgaridades por el estilo.

Esto me desespera.

—*Signor*... ¿*Vuole una góndola*?—Me dice al fin un muchacho que parece copiado de la *Consuelo* de Jorge Sand.

¡Una *góndola*!... Esta palabra me vuelve todas las ilusiones que empezaba á perder...

¡Sí..., sí!... le digo, —añadiendo en mis adentros:

—¡Huyamos pronto de esta realidad prosáica! ¡Busquemos la soledad en las lagunas! ¡Entremos en Venecia á nuestro modo!

Y mientras hablo así, el reloj de la Estacion marca las siete de la noche...

En Madrid serán las cinco y media de la tarde...

Esto es ya encontrarse en Oriente.

### III.

#### PRIMER PASEO POR VENECIA.

Al salir de la Estacion para venir al Hotel donde escribo las presentes líneas, bajé unas escaleras y ví enfrente de mí una infinidad de faroles, cuya viva luz me deslumbró al principio.

En los cristales de aquellos faroles se leían (como en los de los ómnibus que esperan la llegada de los trenes en París, Turin y otras capitales) los nombres de los principales hoteles de *Venecia*; nombres que eran repetidos á grandes gritos por sus comisionados y representantes.

¡Albergo Reale!—¡Albergo della Vittoria!—¡Hotel de la Luna!—¡Hotel d'Evrope!—¡Hotel d'Italia!—¡Hotel de la Ville!—¡Hotel dell'Aquila d'Oro!—¡Hotel de la Gran Bretagna!..., etc., etc., decian las voces y los letreros.

Entonces reparé en que aquellos ómnibus no tenian caballos; en que estaban en el agua; en que eran góndolas...

La escalera que acababa de bajar, tenia por último peldaño la laguna...

La clásica góndola veneciana es hoy la misma que era hace doscientos años; pues existe una rigurosa ley suntuaria que prohíbe hacer variacion alguna en su forma. Es una especie de esquife estrecho y largo, todo negro y de una fantástica elegancia, en medio del cual hay una como litera ó caja de coche, en que pueden encerrarse cómodamente cuatro personas.

Antes de entrar en la góndola del muchacho que se habia encargado de mí, eché una mirada en torno mio.

Me encontraba á la orilla de un ancho canal, que se dilataba á derecha é izquierda entre elevados edificios, cuya parte superior blanqueaba la naciente luna, mientras que la parte de abajo se perdia en densas tinieblas.

Al través de los cristales de muchas ventanas y balcones se filtraba la luz de las veladas nocturnas, yendo á reflejarse vagamente en la inmóvil y tersa superficie de las aguas.

El alumbrado público proyectaba tambien largas fajas luminosas, mucho mas brillantes, en el líquido elemento...

Este cuadro, donde todo era resplandeciente ó negro, agua y luz, ó impenetrable sombra, inspiraba una fúnebre tristeza.

El canal se perdia de vista por sus dos extremos, retorciéndose de modo que formaba como una S inconmensurable.

El silencio y la soledad que reinaban en él, contrastaban lúgubrementemente con el ruido de mi anterior viaje y con el tumulto de la estacion.

Entré en la góndola. Hacia frio. Envolvíme en mi capa española y abrí las ventanillas de la que he llamado *litera*, á fin de ver todo lo que fuese encontrando al paso.

El gondolero que me habia hablado antes, se colocó á popa, y otro, aún mas jóven, hermano suyo, permaneció á proa.

Cada uno estaba armado de un largo remo, y los dos siguieron de pie durante toda la travesía.

—¿A dónde vamos, señor? me preguntó uno de ellos con un suavísimo acento en que noté ya las dulces inflexiones del dialecto veneciano, célebre por su infantil ó femenina ternura.

—Al *Hotel d'Evrope*, contesté, recordando mi cita con el prusiano.

Ese hotel está al otro extremo del *Canal Grande*...

—¿Es este el *Canal Grande*?

—Sí señor: aquí principia. Tiene cerca de una legua de largo; pero

nosotros tomaremos pronto por algunas callejuelas que nos ahorrarán mucho camino...

—Como queráis.

Bogamos...

Los remos levantaban fosforencias en el agua, y producian un lento, claro y melancólico ruido, única señal de vida que daba la ciudad.

El resto de los viajeros se habia quedado en la estacion sacando sus equipajes.

Mi góndola era, pues, la única que surcaba el *Gran Canal*, triste y solitario en aquel paraje, por ser aquella parte la más humilde y pobre de la poblacion.

Segun revolvíamos la amplia curva del *Canal Grande*, la luna iba alumbrándolo de lleno, hasta que, por último, bañó su misteriosa luz toda el agua que servia de suelo á la calle, y brotaron de la oscuridad, fantásticas é indecisas, las graciosas fachadas de algunos Palacios, cuya noble y aérea arquitectura se copiaba en las olas transparentes.

Al ver aquellos otros edificios debajo de la góndola, parecíame que esta volaba, como una golondrina, por una calle cualquiera, á media altura de las casas...

Entre tanto, el Canal se ensanchaba y embellecia poco á poco.—Ya tendria cuarenta metros de anchura.—El alumbrado era cada vez más frecuente y esplendoroso. Los Palacios y las Iglesias se sucedian sin interrupcion. Las puertas de unos y otras, y las de todas las casas grandes ó pequeñas, estaban como á vara y media de altura sobre el nivel del Canal. De cada puerta arrancaba una escalinata de mármol, cuyo último escalon era siempre agua...—Cada lado del Canal podia compararse á un inmensurable navío.

Frecuentemente, desembocaban en la via principal que nosotros seguíamos, algunas modestas callejuelas...

Yo escrutaba entonces con ávida mirada hasta el fondo remoto de aquellas travesías, y siempre encontraba lo mismo:—agua dormida entre dos hileras de edificios; agua opaca y silenciosa, cuya existencia se revelaba solamente por el largo reflejo que, cual estela de oro, trazaba, á todo lo largo de encrucijadas y callejones, algun turbio reverbero, destacándose de una equina...

Nada más triste y pavoroso que el dédalo de estrechísimos canales que se adivinaba allá adentro.—Ni un alma, ni un rumor, ni un punto de terreno en que tenerse de pié se percibian en aquellos barrios interiores, cuyo cielo apenas se alcanzaba á ver por encima de las altas y estrechísimas callejas, y cuyo pavimento era siempre un abismo taciturno.

Yo no habia creído nunca que fuera absolutamente verdad todo lo que cuentan los libros acerca de las calles de agua de *Venecia*; pero fuerza me es reconocer que, por esta vez siquiera, no hay exageracion en los asertos de los novelistas.—*Venecia* es más poética, más romántica, más interesante de lo que se la puede fingir la imaginacion.

Seguíamos bogando.—Los gondoleros remaban en silencio. Sus airosas figuras, vestidas con un largo gaban y un sombrero de anchas alas, parecían formar parte de la embarcacion y se destacaban, agigantadas y negras, sobre el agua fulgurante y el esclarecido firmamento...

¡Oh! la luna, la arquitectura y el agua! ¡Qué riente y grandiosa perspectiva! ¡Qué espléndida suavidad! ¡Qué lontananzas plateadas! ¡Qué círculos de juguetonas luces en torno de la góndola, producidas por la quilla y por los remos! ¡Cuántos millares de quebradas lunas en el movable espejo del prolongado estanque! ¡Qué fulgor submarino! ¡Qué palacios acuáticos! ¡Qué fantásticas torres, avicinándose al cielo y repitiéndose en el abismo! ¡Qué hermosura! ¡Qué fantasía!—Dijérase que *Venecia* es de cristal y que tiene luz propia como los astros.

El plácido arrobamiento en que venia sumergido no me ha dejado voluntad ni accion para preguntar cosa alguna á los gondoleros. Un palacio se sucedia á otro. A la puerta de algunos de ellos se veian *atracadas* varias góndolas que indicaban ó que los señores iban á salir, ó que tenian visitas.—Así juzgamos en otras ciudades cuando vemos carruajes á la puerta de una casa.—Los gondoleros fumaban sentados en la húmeda escalinata de aquellas antiguas mansiones de fiestas y placeres.

Al deslizarnos por enfrente de un altivo Palacio, cuyos numerosos balcones irradiaban una viva iluminacion, he oido cantar al piano el aria de tiple de *Maria de Padilla*...—¡Amores de Andalucía que conmueven las almas en Venecia!—La voz de aquella mujer era limpia, sonora y apasionada como las notas graves del ruisenior.

El cadencioso y tardo latido de la laguna herida por los remos se mezcló largo rato á aquella lejana música. Luego dejó de percibirse la voz y volvió á resonar sola, en el alto silencio de la noche, esta monótona palabra, que el agua soñolenta nos decia cada vez que los remos turbaban su quietud:—*Pasad...—Pasad.*

Y nosotros pasábamos, dejando en pos nuestro, revueltas y turbadas, las antes adormecidas olas.

Yo no he visto nunca barco alguno de remo que marche tan de prisa como esta especie de piragua llamada góndola.—Entre uno y otro golpe de remo mediará siempre un intervalo de cinco segundos, y en este tiempo la nave hiende las ondas como una exhalacion, adelantando más de cincuenta brazas de camino.

Despues de una media hora de navegacion, he divisado un elevado puente de un solo ojo, tendido sobre el canal.

Nuestra góndola debia pasar por debajo de él.

—*Il ponte de Rialto*, exclamó solemnemente un gondolero.

¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué recuerdos de antiguas esperanzas!—*¡El Puente de Rialto!*...—En una novela que escribí yo hace nueve años, hice pasar á una góndola por debajo de este puente, sin conocerlo.—¡Cuán poético soñaba yo este sitio! ¡Y cuánto lo es en efecto!

Encima del puente hay trece arcos, dispuestos en sentido longitudi-

nal.—El de en medio está vacío. Los otros doce son otras tantas tiendas, profusamente iluminadas. Delante de éllas hay un barandado ó balcon, al través de cuyos balaustres se veía andar á la multitud. Por el arco hueco pasaban tambien longitudinal y trasversalmente algunas personas. Esto significa que el puente sirve de asiento á tres calles, una interior y dos exteriores, formadas por las balaustradas y las tiendas y que el susodicho arco central es al mismo tiempo una travesía.

— Las tiendas, sus luces y el ojo del puente se copiaban por entero en el Canal, trazando en sus cristales otro semicírculo, que unido al de arriba, formaba un ancho óvalo argentado por la luna y ornado de rojizos esplendores; una especie de aro ó disco, semejarnte al que rompen de un salto los acróbatas, y por el centro del cual pasó nuestra embarcacion como un relámpago.

Siquiera allí, la Ciudad daba señales de vida. Pasos, gritos, golpes resonaron un momento sobre nosotros. Los habitantes de Venecia se nos aparecian en los aires, como una bandada de pájaros marinos, ó como la tripulacion de un barco gigantesco, vista desde un humilde bote que pasara cerca de él.—Allá arriba todo era luz, animacion y movimiento.—Abajo, en la laguna, seguia reinando la callada soledad.

Pasado el Puente, el *Canal Grande* se dilató y hermosteó mas todavía. La luna se bañaba en el centro de un desierto de agua, iluminándolo todo, tornando en líquida plata el melancólico, elemento esclareciendo con los reflejos de su hermosura las lejanías del horizonte, y trocando en filigrana y encaje la piedra labrada de alcázares y templos.

Al llegar á este punto, la góndola viró á la izquierda, y, dejando el gran Canal, se deslizó en un callejon oscuro por entre los muros sombríos de dos palacios.—Empezábamos la anunciada travesía, que habia de traerme al *Hotel d'Europe*, evitando un larguísimo recodo.

Aquí ya la navegacion cambió completamente de carácter.

La luna no penetraba en las angostas y profundas callejuelas ó pequeños canales que hemos atravesado.

Los remos daban con frecuencia en las paredes.

Sobre nuestras cabezas pasaban de una manzana á otra infinidad de puentecillos, que no eran sino las *calles de tierra*, las *vias sólidas*, por decirlo así, de la ciudad anfibia.

Sobre aquellos puentecillos se sentian á veces los sordos pasos de algun transeunte.

El sentiria á su vez debajo de sí el rumor de la góndola en el agua.

Algunos faroles, colocados muy altos, alumbraban al mismo tiempo, y asaz débilmente, nuestro camino y el suyo.

Nada mas medroso que todos estos lugares, que todos estos encuentros, que todos estos ruidos.

Así pasábamos de un callejon á otro; así encontrábamos plazuelas de agua; así doblaba la góndola una y otra esquina: así torcíamos á la derecha, luego á la izquierda; dejábamos á un lado y á otro cien y cien

canales que llevaban á otros puntos; así me persuadí finalmente de que se puede recorrer toda la ciudad navegando.

A veces, óíamos detrás de una esquina el són de otros remos.

Entonces los gondoleros que me conducian, ó los que venian á encontrarse con ellos, decian dos palabras, á que no contestaba nadie; pero que daban lugar siempre á una maniobra.

—; *Sia premi!*

—; *Sia statì!*

—! *Sia di lungo!*

Con uno de estos tres gritos se indicaban lo que debian hacer para evitar un choque ó un *pase-por-ojo* al tiempo de doblar una esquina.

¡Y qué lúgubre, qué dramático efecto produce en el recién-llegado este lacónico grito, que tiene su música especial!

A poco de oirse la advertencia entre el murmullo del agua, veis pasar á vuestro lado una cosa larga, estrecha y enlutada como un atahud.

¿De dónde viene? ¿A dónde vá? ¿Qué guarda dentro?

Nada sabeis.

Ni una palabra se cruza de una góndola á otra.

O los que las llevan no se conocen en tanta oscuridad, ó dejan de hablarse, por respeto á las personas que conducen.

Ello es que la góndola pasa... y se pierde en los oscuros canalizos.

¿Quién sabe si detrás de aquellas persianas negras se esconden el amor ó el crimen, el dolor ó el placer, la riqueza ó la miseria, el horror ó la hermosura?

Mi góndola atracó por último al pie de una empinada escalera que bajaba de un alto puentecillo.

—; Hemos llegado? pregunté.

—Estamos muy cerca del *Hotel d'Europe* (me respondió el mayor de los gondoleros). Desembarcaremos aquí, y recorreremos tres ó cuatro calles á pie. De este modo nos ahorramos mucho camino.—*Jacobello* (continuó, dirigiéndose á su hermano): espérame aquí con la góndola, que yo voy á conducir al señor.

Subí, pues, aquella escalera, y me encontré en el segundo piso de Venecia, ó sea en la *Venecia terrestre*.

Allí era también grande el silencio; pero no tan profundo como en las lagunas.

Las calles que he recorrido para venir al Hotel son sumamente estrechas, pero resplandecian de luz, y estaban llenas de cristales y de vistosos objetos, como las galerías de un palacio ó como los *pasajes* principales de París.

En *Venecia* todo es subir y bajar escaleras.

De aquí que no sean posibles ni conocidos los carruajes ni los caballos.

Y de aquí también el silencio que reina en la ciudad.

La gente que faltaba en los canales iba y venia por aquellos corredores y pasillos que tienen el nombre de calles.

El embaldosado suelo brillaba como el de la más cuidada habitación.

En *Venecia* no se conoce el polvo.—¿Ni cómo ha de conocerse?

Nadie hablaba en alta voz...—Sólo se oía el rumor de los pasos.

Este es otro rasgo característico de *Venecia*.

La mayoría de los transeuntes se componia de pandillas de oficiales austriacos, cuyas espadas producian un lúgubre són al golpear los peldaños de las escaleras que bajaban á los canales ó subian á los puentes.

Aquel silencio podia compararse al que interrumpe la alegría de un festin, cuando un convidado pronuncia palabras amenazadoras á que no puede seguirse sino un duelo.

Y mientras las gentes callaban de este modo, las calles ardian, por decirlo así, con las multiplicadas luces de innumerables tiendas, cafés, almacenes y bazares que en nada se diferenciaban de los del resto de Europa.

Resulta, pues, de todo esto, que hay dos *Venecias*, comprendidas mutuamente la una en la otra: la *Venecia* exterior y la *Venecia* interior; la alta y la baja; la oscura y la luminosa; la italiana y la tudesca; la del agua y la luna y la de los brillantes aparadores, en que resplandece el comercio; la de los palacios y la de las tiendas; la solitaria y la poblada; la de las góndolas y la de los ambulantes.

Y resulta tambien que desde una *Venecia* no se adivina la existencia de la otra. El que discurre por las tenebrosas lagunas no puede sospechar que sobre su cabeza y al otro lado de las casas hay una ciudad despierta, viva, radiante, esplendorosa: como el que pasea por las calles no se da cuenta de que debajo de él y en torno suyo hay otra ciudad dormida, silenciosa, llena de oscuridad y de misterio.

Y, sin embargo; así como desde la góndola oí alguna vez en los aires sordos pasos de fantásticos transeuntes, del mismo modo he oido desde los puentes balbucir el agua en coloquio con los remos, y tenido conciencia de que alguien pasaba por debajo de mí.—Pero esto era rápido y transitorio como una distraccion del sentido, y luégo tornaba á la realidad de lo que veia, olvidando ó no comprendiendo la faz oculta de *Venecia*.

De este modo he llegado al Hotel.

La puerta de cristales por donde he entrado en el Edificio da á una extensa galería, al fin de la cual hay otra vidriera semejante, que dá sobre el *Gran Canal*: es decir; que el *Hotel d'Europe*, como todas las casas de *Venecia*, tiene una entrada por tierra y otra por agua.—La fachada principal mira siempre á los canales.

Pero todo lo examinaremos mañana con nuestros propios ojos.—Hasta ahora me atengo á las explicaciones del hermano de *Jacobello*.

Conque hénos en *Venecia*.

Yo no pienso salir ya esta noche. Estoy fatigado y quiero madrugar.



¡Mañana!...—Mañana veré la *Plaza de San Márcos*, el *Palacio de los Dux*, el *Lido*, las Iglesias bizantinas, las obras maestras de Ticiano, el *Puente de los Suspiros*, las *Prisiones*, los Palacios del *Canal Grande*... ¡cuántas y cuántas cosas que constituyen los más dorados sueños de mi vida!

Ahora son las ocho de la noche. Todas las campanas de *Venecia* repican á vuelo.—Mañana es día de San Carlos...

—Esas últimas que suenan (me dice el camarero) son las campanas de *San Márcos*.

—¡De *San Márcos*! repito yo con devoción artística.

Después me da otra noticia muy diferente.

—Venecia (me dice) no está hoy para fiestas. Acaba de saberse que Víctor Manuel ha perdido una batalla á orillas del *Garegliano*. La derrota de los piemonteses ha sido completa, y Francisco II estará á estas horas de vuelta en Nápoles.—Así, al menos, lo afirman los periódicos de esta noche.

—Pues ¿qué? le pregunto yo. ¿Hay periódicos en Venecia?

—Sí señor: todos los días. Aquí tiene usted uno de hoy.

La primera cosa que leo en el diario que me alarga el camarero, es la siguiente frase con que principia un suelto:

«S. M. I. R. A., se ha graciosísimamente dignado etc.»

La abreviatura S. M. I. R. A. quiere decir: *Su Magestad Imperial Real Austriaca*.

—Veo que los periódicos de Venecia son del gobierno (dígame entonces)... Acaso sea también del gobierno la noticia de la derrota de Víctor-Manuel.—¡*Batalla del Garegliano*!... Esta frase suena bien en oídos españoles.—Hace tres siglos y medio don Fernando el Católico le ganó una *batalla del Garegliano* á Luis XII de Francia...—¡Con que Víctor-Manuel derrotado por Francisco II!—Ahora comprendo el lúgubre silencio que reinaba esta tarde en el tren, y esta noche en las calles de Venecia.

—¡*Povera Venezia*!—como dicen á cada instante los gondoleros.

Y, pensando y escribiendo estas cosas, conozco que me voy quedando dormido...

¡Oh felicidad! ¡Dormir en Venecia!...—¡Es casi lo mismo que dormir con Venecia!...

#### IV.

VENECIA Á VISTA DE PAJARO.—UN PASEO POR EL LIDO.—LA PIAZZETTA. LA PLAZA DE SAN MÁRCOS Á LAS DOS DE LA TARDE.—LOS VENECIANOS Y LOS AUSTRIACOS.—EL CAFÉ FLORIAN Y EL CAFÉ CUADRI.—LA NOCHE DE UN DOMINGO.

Venecia 4 de noviembre.

Las ocho serian apenas esta mañana, cuando tomámos café en el magnífico balcon de piedra del comedor del *Hotel d'Europe* mi antiguo

amigo H. de V., un jóven inglés llamado *Sir Arturo* y vuestro atento servidor.

De H. de V. ya sabeis que es prusiano de nacimiento, dinamarqués de profesion y español por el trato y las costumbres.

Sir Arturo es hijo de un opulento banquero de Lóndres, y ha venido á *Venezia*, de paso para la isla de Corfú, en donde está convidado á una cacería.

Sólo un inglés camina desde Inglaterra á Grecia sin otro objeto que matar un ciervo.

Por lo demás, Sir Arturo tiene veinte años, es blanco y rubio como una Ofelia, y se pone colorado siempre que le dirigimos la palabra.

Este inglés es el mismo que comia con nosotros en el Hotel de *Milan*.

De aquí nuestro conocimiento.

Más advertencias:

El prusiano y yo nos entendemos por lo regular en español.

El inglés me habla en italiano.

El prusiano y el inglés se comunican en alemán.

A veces cambiamos de sistema, y el inglés y el prusiano hablan inglés; el prusiano y yo nos lanzamos al francés, y el inglés me dirige la palabra en latin.

De esto resulta que no es posible que nos entendamos los tres á un mismo tiempo, por la sencilla razon de que, entre esos seis idiomas, no hay ninguno que nos sea comun.—El prusiano no conoce el italiano ni el latin; el inglés no comprende el francés ni el español, y yo ignoro completamente el inglés y el alemán.

Nuestros diálogos son, por consiguiente, una maraña de traducciones.

Dos palabras ahora sobre el lugar de la escena.

El *Hotel d'Europe* fue en otro tiempo *Palacio Giustiniani*.

Es decir, que aquí nacieron ó moraron muchos individuos de una de las principales familias patricias de *Venezia*.

Cuéntanse entre ellos: *San Lorenzo Justiniano*, primer patriarca de la Ciudad; *Bernardo Giustiniani*, senador, diplomático y célebre historiador; *Agustin Giustiniani*, renombrado orientalista, y *Marco Antonio Giustiniani*, dux de Venecia, debelador de los turcos.

El Palacio data del siglo XV: su arquitectura es noble y severa.

La familia *Giustiniani* ha desaparecido, como tantas otras que florecieron en la extinguida República.

¡Y su ilustre solar es hoy propiedad de un hostelero francés!

¡Tal, y aún más desgraciada, ha sido la suerte de la reina del Adriático!...

Dos bailarinas, la *Taglioni* y la *Elssler*, compraron últimamente la famosa *Ca d'oro* y el Palacio de no sé qué Dux.

El palacio *Cavalli* pertenece al duque de Burdeos.

El de los *Foscari* es hoy Cuartel de Infantería austriaca.

Continuemos.

El balcon en que tomábamos café esta mañana, es un *cierre* de cristales volado sobre la Laguna; ó sea una especie de gabinete suspendido en los aires, desde el cual se disfruta la más deliciosa vista.

Ya os he dicho que el *Hotel d'Europe* se halla situado á la entrada del *Canal Grande*, en el punto en que éste es más ancho y más magnífico.

Veámos, pues, á nuestra izquierda el que pudiéramos llamar *Boulevard* ó *Corso*, que parte en dos mitades la Ciudad.

Las aguas que forman tan magestuosa vía, brillaban al sol de una manera deslumbradora.

Los Palacios y los Templos se miraban en ellas, y se destacaban además en el turquí purísimo del cielo.

Algunas góndolas cruzaban de un lado á otro del Canal, parándose á las puertas de las casas ó desapareciendo por angostas callejuelas.

Este panorama no podía confundirse con ningun otro.—Indudablemente, estábamos en *Venecia!*

En frente del balcon, al otro lado del Canal, y como un centinela colocado á su embocadura, teníamos la *Dogana di mare* (la Aduana de mar), arrogante edificio, sobre cuya torre, que se dibuja dos veces en las ondas y en el espacio, se levanta una estatua giratoria de la Fortaleza.

Al lado de la Aduana, descubríamos la iglesia de *Santa Maria della Salute*, brotando tambien de las fulgentes olas, que copiaban como en un espejo su doble cúpula, su fachada embellecida con 125 estátuas, sus gigantescas volutas y recio campanario.

Más allá se dilataba la *Laguna*, azul y solitaria, y en medio de ella veíamos dos grandes islas, la de *San Giorgio Maggiore* y la *Giudecca*, en que hay más jardines que edificios.

Después seguía la Laguna, extensa ya y magestuosa como la mar vecina...

—¡Hé aquí Venecia! repetíamos maquinalmente y á cada instante mis compañeros y yo.

*Ecco la mia Venezia...*

*Ecco il suo mare...*

Pero en vano me esfuerzo por conseguir que mi pluma haga lo que no acertarian á hacer los más hábiles pinceles.—En vano trato de daros una idea del cuadro que descubríamos esta mañana desde el gran balcon de este hotel.

Yo pudiera bosquejar las líneas; establecer los términos; demarcar las perspectivas; pero ¡cómo expresar el color, la luz, el ambiente radioso, las sombras de las islas en el agua; la deslumbrante blancura ó el áurea esplendidez de los palacios bañados por el sol y por el reflejo de las ondas; los recortes de los edificios sobre el fondo de plata del Canal Grande y su limpia silueta sobre el azul del firmamento! ¡Cómo haceros ver esta ciudad de nácar y zafiro; estos prodigios de arquitectura, surgiendo de las olas, como los templos y alcázares de las ninfas, y estas góndolas

negras (únicos puntos de oscuridad en tan fulgurante panorama), que van de una parte á otra llevando escondido al antiguo veneciano, que no se ha dejado ver todavía del opresor extranjero!.

¡Imposible completamente!

Sin embargo, seguid conmigo; que yo cuento con vuestra imaginacion, y algo lograreis adivinar, si por acaso acierto (lo cual es más fácil) á referiros mis impresiones.

El prusiano tenia la palabra.

—Queda dicho (exclamó, resumiendo la discusion que acabábamos de sostener acerca del programa del día); queda dicho que hoy veremos á Venecia á grandes rasgos; que estudiaremos su conjunto; que la contemplaremos á lo lejos y desde una altura; que la recorreremos ligeramente sin penetrar en ninguna parte; y que yo, como más antiguo en la Ciudad, puesto que llegué á ella veinte y cuatro horas antes que vosotros, mandaré en jefe la expedicion.

—Queda dicho, le contestamos el inglés y yo.

—¡Magnífico! continuó el prusiano. Ahora vamos á lo alto del *Campanile* (como se dice aquí) de la Basilica de San Márcos. Desde aquella elevacion veremos á nuestros pies á Venecia entera, como se ve un navío desde el tope del palo mayor.

—Aprobado.

—Pues en marcha... Pero antes he de advertiros una cosa. Para ir al *Campanile*, tenemos que pasar por sitios muy importantes, muy bellos, muy sorprendentes. Yo os suplico que no los mireis. Clavemos la vista en el suelo y penetremos en la *Torre* sin reparar en la *Plaza*. Ya hemos convenido antes, en que confundir las impresiones es no saber viajar. A las ciudades, como á los cuadros, hay que buscarles la luz...

—Comprendido.

—Entonces... adelante.

Cinco minutos despues atrevesábamos á escape un ángulo de la famosísima *Plaza de San Márcos*...

Esta expedicion la hacíamos por tierra.

La plaza de San...

Pero no debo hablaros todavía de la *Plaza*.—Suponed que no la ví.—Y, en verdad, aquello no pudo llamarse verla.

El *Campanario de San Márcos* no es, como cualquiera podria imaginarse, una Torre adherida á la Basilica de este nombre. El *Campanile* de San Márcos es un edificio aislado, contiguo á la Catedral, que se levanta solo, en un extremo de la gran Plaza, á la manera de obelisco.

De su aspecto exterior, y de la *Loggia* que le sirve de pedestal, hablaremos más adelante.—Ahora sólo toca decir que el *Campanile* es una torre cuadrada, embutida en otra, y que entre los muros de las dos hay 32 rampas, como las de la Giralda de Sevilla, por las cuales se puede subir

á caballo hasta una altura de 240 pies, de donde arranca la aguja ó flecha, que tiene por su parte 60 pies de elevacion.

Se comprende sin esfuerzo que esta colosal atalaya, levantándose en medio de una ciudad tan lisa como Venecia,—rodeada á su vez de una planicie de agua, y de las bajas y pantanosas, tierras en que termina el Veneto,—domina soberanamente un vastísimo territorio, se enseñorea sobre él, lo ve tendido á sus plantas... como un inmenso mapa geográfico.

El *Campanile* se empezó á construir á fines del siglo IX, destinándosele principalmente á torre de vigía, desde donde se descubriese el Adriático y pudiera prevenirse á la Ciudad siempre que apareciesen velas en el horizonte.—¡Era ya Venecia tan poderosa y tenia tantos enemigos!—Determinóse, pues, que hubiese constantemente un vigilante en lo alto de la *Torre* y que diese una campanada cada cuarto de hora, á fin de indicar que estaba alerta.—Este centinela avisaba además á los vecinos siempre que descubria un incendio en la ciudad, marcándoles el barrio en que era, segun el número de campanadas que daba.

Tambien fue en esta torre donde Galileo ensayó por la primera vez su célebre telescopio.

Hácia la mitad del *Campanile*, y por su parte exterior, se ve aún el lugar en que antiguamente se colgaba una jaula de madera, dentro de la cual eran encerrados con pan y agua los sacerdotes que habian cometido ciertos crímenes.

Pero todas estas consideraciones son nada en la mente del viajero desde el instante que llega á lo alto de la *Torre* y con templa el maravilloso cuadro que se desarrolla en torno suyo.

Ya lo he dicho: toda Venecia se abarca desde allí de una ojeada: ¡toda Venecia, clara, completa, distinta; esmaltada sobre el agua resplandeciente; partida en dos por el *Canal Grande*; que ondula por medio de ella como una culebra de cristal; matizada de jardines en algunos parajes; con sus cien *Iglesias* y sus mil *Palacios*; con sus ciento cincuenta *Canales*, que dividen la ciudad en ciento treinta *Islas*, y con sus cuatrocientos cincuenta *Puentes*, que las enlazan de mil modos!...—¡Era una grandiosa perspectiva!

Al pie mismo de la *Torre* se dilataba la vasta planicie de la *Plaza de San Márkos*, formada por nobles, bellos y regulares edificios y por la soberbia *Catedral*.—El suelo de la plaza, magníficamente enlosado, relucia como la encerada cubierta de un buque.—La gente que cruzaba por aquella especie de salon regio, dirigiéndose de unos pórticos á otros, aparecia tan achicada por la distancia, que llamaban mucho más mi atencion las palomas que revolaban sobre los tejados.

Al lado de la *Plaza* veíamos las nueve cúpulas de la *Basilica*; la famosa *Piazzetta*, museo histórico de la ciudad; los techos de plomo del *Palacio Ducal*; su patio, sus prisiones, y el canal angosto que pasa por debajo del *Puente de los Suspiros*. Más lejos divisábamos el *Puerto*, antes tan concurrido, hoy pobre de mástiles; en otro lado las *Dársenas*, los *Cam-*

*pos de Instruccion* y los Cuarteles; por una parte los canales, las góndolas, los embarcaderos de madera; por otra los puentecillos coronados por la multitud; en algunas plazas remotas, mucha gente que entraba y salía en las Iglesias, como domingo que ha sido hoy y día de San Cárlos; en el *Jardín Público*, familias que iban de paseo; aquí el famoso teatro de la *Fenice*, cerrado todavía; allí el teatro *Malibran*...

En torno de esta gran masa de edificios, distinguíamos algunas de las apartadas *Islas* que rodean á Venecia como hijas cariñosas.—Cada una de ellas ostentaba sus iglesias, sus casas, sus jardines, sus huertos, viniendo á ser como un barrio de la capital. — Y estas *Islas* tenían tambien sus canales interiores, sus puentes, sus vistosos reflejos en el agua; una belleza, en fin, muy semejante á la de la reina de las olas.

Despues descubríamos en todas direcciones la *Laguna* solitaria, cortada hácia poniente por el istmo artificial que recorrí ayer, y cuyos centenares de arcos, repitiéndose en las aguas, le daban una fantástica apariencia.

A lo lejos, y por la parte de Levante, reposó mi mirada en una estrecha y larguísima *Isla* que cerraba la Laguna, separándola del Adriático...  
¡Era el *Lido*!

En aquella *Isla*, especie de dique ó antemural que la naturaleza ha levantado, acumulando granos de arena, para proteger á la ciudad de San Márcos contra el recio embate del mar, se veían algunas pobres *casas*, muchas *huertas* y dos ó tres *Fuertes* ó *Castillos*.

Aquellos *Castillos* defienden la entrada de los canales que ponen en comunicacion á la Laguna con el Mar.

¡El Mar!... Detrás del *Lido* descubríamos sus agitadas olas, perdiéndose en la inmensidad del horizonte... Y su verdoso color contrastaba con el apacible azul de las aguas en que se copia *Venecia*.

Aquel era el *Adriático*; el mar italiano, dálmata, turco y griego; el escondido golfo en que se miran frente á frente y se reflejan su poesía dos civilizaciones hermanas, que ya se reconocen apenas, pero que se reconciliarán algun día; Roma y Bizancio; Oriente y Occidente; las dos Iglesias; los dos Imperios!

Por el opuesto lado, y tambien á gran distancia, se ofrecía á nuestra vista una costa humilde, melancólica, en que yacían abandonados dos ó tres pueblecillos...

Aquella tierra insalubre era el Continente; el límite oriental del suelo italiano, inundado casi siempre por desbordados rios; la region que ve morir en el mar, tristes y desatendidas, despues de una triunfal carrera al través de populosas ciudades, aquellas mismas aguas que miré yo nacer de las nieves de los Alpes, y cuyo curso he seguido durante más de cien leguas.

Finalmente, al término ya del horizonte, por el lado del Noroeste, asomaban algunos fantasmas azulados, que á veces se confundían con el cielo...

¡Eran todavía los Alpes!

Ahora bien; teñid este inmenso panorama de blanco, verde y azul; recamadlo de plata refulgente; imaginaos el cielo y el agua compitiendo en transparencia y hermosura; figuraos la luz del sol refractada de uno en otro espejo; ved la Ciudad dibujada en la Laguna; ved la Laguna aprisionada entre el Lido y la Tierra Firme; ved todo esto, inundado de vívidos fulgores, y tendreis una vaga idea de este célebre rincón del mundo, que albergaba ayer tanto esplendor y poderío y que encierra hoy tanta orfandad y desventura.

Bajamos del *Campanile*, y, fieles á nuestro programa, apartamos los ojos de la *Piazzetta*, en la que nos proponíamos entrar solemnemente al cabo de pocas horas, y nos dirigimos de nuevo al Hotel, á cuya puerta nos aguardaban nuestras góndolas.

Digo *nuestras góndolas*, porque cada uno de nosotros tiene desde esta mañana la suya, alquilada por 10 francos diarios.

Yo he hecho buscar al gondolero más viejo de Venecia, á fin de que me sirva al mismo tiempo de *cicerone*.

*Beppo* (que así se llama mi hombre) tiene setenta años, y se acuerda de los tiempos de la República y de los *Dux*.

El mismo parece un *dux*, con su larga vestimenta, su gorro frigio y sus venerables barbas.

Su hijo *Gaetano* maneja el remo de proa.

*Gaetano* tiene diez y ocho años: lleva las piernas y los brazos desnudos; un gaban con capucha cuelga de sus hombros, y cubre su cabeza un sombrero negro, cuyas luengas alas dan sombra á sus cabellos castaños, á sus ojos negros y á su aguileño rostro, curtido por la intemperie.

En virtud de estas excelencias, mi góndola fue preferida á las otras dos para hacer la excursión al *Lido*.

Nos embarcamos, pues, en ella, y surcamos la Laguna.

La góndola (ha llegado el momento de describirla minuciosamente) es, como hemos dicho, una embarcación estrecha y larga, en medio de la cual hay una especie de camarín.

El casco es de hierro y madera, pintado de negro y cuidadosamente barnizado. El camarín está forrado por fuera de paño negro también, y por dentro de terciopelo del mismo color. Penétrase en él por delante. Las ventanillas, que son tres, tienen cristales y persianas como los coches. Los asientos son de *marroquí* negro.—Verdaderamente, la góndola ha sido imaginada para que dos personas solas vayan sentadas en el fondo y extiendan los pies sobre unas banquetas laterales; pero si se aprovechan estas banquetas, puede albergar cómodamente otras dos personas.—Por último, el que hemos llamado *camarín* va cubierto de un forro de gruesísimo paño, llamado *felze*, que se quita y se pone, según la estación y á medida que se teme más ó menos ser conocido.

Ya hemos indicado que todas las góndolas de Venecia, lo mismo las

de los magnates que las de los pobres, así las públicas como las de dominio particular, son completamente iguales. Esta igualdad procede de una Ley dada hace tres siglos, á causa de las grandes sumas que los nobles, empeñados en una insensata competencia, gastaban en adornar sus gón-dolas; ley de que sólo están exentos los embajadores.

Ahora bien: la más pobre imaginacion podrá adivinar el cúmulo de misterios á que se presta semejante uniformidad, y el aspecto interesante y dramático de estas enlutadas navecillas, cuyo número no baja de 9,000.

Y, á propósito: la poblacion de *Venecia*, en estos últimos años, ha fluctuado entre 120 y 130,000 almas.—Bajo la república pasaba de 200,000. Hablando de estas cosas, nos acercábamos al *Lido*....

El *Lido* es una larga y estrecha isla, ó por mejor decir, un banco de arena, que se extiende entre la Laguna de Venecia y el Adriático.—*Lido* en español significa *ribera*.

En otro tiempo se llamó *bovense*, por el mucho ganado vacuno que pastaba en sus prados. Más tarde levantáronse en él muchas casas, de que aún se ven los cimientos. Despues fue cementerio de judíos, como lo acreditan todavía algunas preciosas tumbas medio arruinadas.—Hoy está todo plantado de viñas y huertas.

No bien desembarcamos en el *Lido*, mi primera operacion fue atravesarlo en línea recta, buscando la playa marítima.—Crucé, pues, fuera de camino, sobre vides y sembrados, y en menos de cinco minutos me encontré en frente del Adriático, ó por mejor decir, con los pies en sus espumas...

El Mar es para mí un antiguo y buen amigo, á quien siempre encuentro con placer. Debo, sin embargo, advertir que el Océano me infunde veneracion y respeto, y el Mediterráneo amor. Así es que nunca podré olvidar el entusiasmo con que un día, desde las estribaciones del pequeño Atlas, entre Tetuan y Tánger, los ví á los dos á un mismo tiempo; el uno, á mi derecha, azul y reposado; el otro, á mi izquierda, verde y tormentoso.—Aquel dia me di cuenta, mejor que nunca, de los varios afectos que me inspiran. El Mediterráneo me parecia la vida; el Oceano la eternidad. El Mediterráneo me hablaba de muchos lugares conocidos, de ciudades amadas, de horas inolvidables, de séres ligados á mi corazon... El Oceano elevaba mi mente sobre la existencia humana y sumergía mi pensamiento en lo infinito.—El mar que principia en las Columnas de Hércules y termina al pie del Monte Carmelo, me recordaba nombres, pueblos, historias, civilizaciones afines con mi alma; mi religion, mi patria, la historia de Europa, sus guerras, sus primeros pobladores; Egipto, Fenicia, Cartago, Grecia, Roma gentil y Roma cristiana; la Palestina, cuna de nuestra fé, y el litoral africano, de donde se lanzaron sobre España... quién sabe si vuestros ascendientes ó los míos...

El otro mar no me decia nada... y me lo decia todo... El otro mar no



tenia nombre. Era la inmensidad anónima que recorrieron por primera vez Colon, Bartolomé Diaz, Vasco de Gama, Magallanes y Kooe y que todavía no es completamente conocida...

Figuraos ahora cuáles serian mis impresiones al encontrarme esta mañana con el Mediterráneo en este apartado lugar, en este paraje escondido, adonde llegan sus olas penetrando atrevidamente por entre la Italia, la Grecia y la Dalmacia...

¡Ah! El Adriático es un misterio, es una aventura amorosa del Mediterráneo.—Después de su gran temeridad de pasar los Dardanelos, el Bósforo y el estrecho de Yenikalé para formar el Mar de Mármara, el Mar Negro y el Mar de Azoff (esforzándose por separar el Asia de la Europa), nada ha emprendido tan osado y romancesco como venir casi al pie de los Alpes, á visitar á la encantadora *Venecia*.—Así es que yo lo contemplaba esta mañana con entusiasta admiración y cariñoso júbilo, cual si fuera un compatriota y amigo mio á quien encontraba en país extranjero.

En la playa del *Lido* que mira al mar, se ven algunas chozas de pescadores, varios cobertizos pertenecientes á un Establecimiento de Baños, y dos ó tres Fuertes que defienden la entrada en el Puerto de *Venecia*.

El Canal más profundo y mas frecuentado que pone en comunicación á la Laguna con el Adriático es el que pasa por delante de *Malamocco*, antiquísimo pueblo que dió origen á *Venecia*, situado sobre una isla que viene á ser la continuación del *Lido*.

Por aquel canal se verificaban las bodas de cada nuevo Dux con el Adriático. Por allí salía, en el *Bucentauro*, ó sea en la dorada góndola de a República, el anciano elegido Jefe de la nación, á arrojar su anillo en las olas, como en prenda de amor y de alianza. Por allí salieron también las galeras venecianas á conquistar todo el Adriático, el Archipiélago griego, Constantinopla, Candia, Chipre y tantos otros pueblos como rindieron vasallaje á la Tiro de la Edad-Media.—Por aquel Canal salió el Dux Enrique Dandolo al frente de la Cuarta Cruzada, llevando en pos suyo cerca de quinientas naves.—Por allí salieron, en fin, los que, aliados con el Papa y con España, derrotaron á los turcos en Lepanto.

Después de recorrer el *Lido* de parte á parte, tornamos al lugar en que habíamos desembarcado.

Allí hay una pobre casa, habitada por dos ó tres familias de hortelanos y pescadores.

Aquella gente se había encargado de darnos de almorzar.

Sentámonos, pues, á la puerta de su cabaña, debajo de un emparrado, cuyos pámpanos amarillentos empezaban ya á alfombrar la misma tierra á que habían dado sombra durante el pasado estío.

Desde allí se descubría toda *Venecia*, de la que nos separaban dos millas de laguna.

Las cúpulas de *San Márcos* se destacaban sobre el cielo.—Estas cúpu-

las son de un estilo muy particular, medio árabe, medio chino, quizás algo moscovita, completamente extraño á cuanto yo habia visto hasta hoy. Su amplia cimbra, su hinchazon y sus remates recuerdan los kioskos, las pagodas, las glorietas orientales, y sobre todo traen á la imaginacion la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, que todos conocemos gracias á la fotografia, y que, al decir de los críticos, sirvió de modelo á la Basilica veneciana.

Ni son estas cúpulas la única reminiscencia oriental que ofrece *Venecia*. La mayor parte de sus palacios, contruidos de manera que las grandes masas sólidas se levantan sobre huecos, esto es, sobre galerías de columnas; las torres de sus Iglesias, muy parecidas á los alminares moriscos; la línea horizontal de los techos; los dobles arcos de las ventanas, semejantes á ajimeces; lo angosto de las calles; lo apiñado de las casas; el esplendor del cielo...; todo contribuye á dar á la última ciudad latina un caracter levantisco y musulman, semi-griego, semi-asiático, que ha hecho decir á no sé á qué viajero: «*Venecia parece un pirata viejo retirado de los negocios.*»

Por lo demás, el almuerzo fue tan sencillo como indígena:—pesca de mar y pesca de la laguna; alcachofas y frutas de una huerta vecina, y vino de aquella misma parra que todavía nos daba sombra.—Este vino, áspero, tinto, ligero y espirituoso, lleva el poético nombre de *vino del Lido*.—Nuestros gondoleros le hicieron largamente los honores, en pago de habernos servido la mesa, y, con este motivo, el viejo republicano nos contó muchas y muy interesantes cosas, de las que recordaré solamente las que se refieren á lord Byron.

Lord Byron es para *Venecia* lo que nuestro Zorrilla para Granada: el gran panegirista de su hermosura, el cantor infatigable de su peregrina historia, el que creó en todas las imaginaciones un mágico ideal de su belleza; el que dijo al mundo, olvidado ya de una ciudad que habia cumplido su destino histórico: «*Venecia existe todavía: sus encantos no han desaparecido con su poder: sus palacios no se han hundido con sus guerreros y navegantes: la poesía y la tradicion levantan aquí su voz entre las ruinas. ¡Venid á verla!*»

El Canto cuarto de *La peregrinacion de Childe-Harold*, que principia: «*Estaba yo en Venecia, sobre el Puente de los Suspiros, entre un palacio y una prision...*» fue la primera señal de aquel entusiasmo por la ciudad de los Dux que le llevó á escribir despues sus dos famosas tragedias *Marino Faliero* y *Los dos Foscari*, y por último, la sublime *Oda á Venecia*:

«¡Oh Venecia, Venecia! Cuando tus palacios de mármol esten ya al nivel de tus olas, se oirá el grito de las naciones sobre tus ruinas, y un largo lamento resonará en las orillas del agitado mar.—Si yo, peregrino del Norte, lloro sobre tus escombros, ¿qué no te deberán tus hijos?—¡Todo, menos estériles lágrimas!—Y sin embargo, ellos se contentan con mur-

murar en medio de su sueño! —;Qué contraste con sus mayores! ¡Ah! ellos son á sus padres lo que el verdoso fango, deshechado por la mar, es á la potente ola que separa al marinero de su nave!»

Estos enérgicos acentos pusieron de moda á *Venecia* en ambos mundos. Desde entonces, la poesía, la música y la novela hicieron de la hija de las lagunas la Isla de Delos del romanticismo, y los poetas y los artistas fueron en peregrinacion á saludarla.

La musa de Byron, heredera de la de Shakspeare, levantó la proscricion que el neo-paganismo del siglo XVIII habia hecho pesar sobre las obras del gran Guillermo, y *Otelo*, *Syllock* y *Pedro Jaffier* volvieron á repetir en el teatro el nombre de *Venecia*. Entonces Fenimore Cooper escribe el *Bravo*: Mad. Stael habia ya imaginado á *Corina*: Victor Hugo lanza á la escena á *Angelo* y á *Lucrezzia Borgia*: Jorge Sand crea á *Consuelo*: Martinez de la Rosa presenta en Paris su drama *La Conjuracion de Venecia*: Alfredo de Musset, Jules Sandeau, Chateaubriand y Lamartine visitan la ciudad y recuerdan todo lo que Rousseau y Montesquieu habian escrito acerca de ella... Pero ninguno habla de nuestro QUEVEDO, huésped tambien de *Venecia* y de los mas esclarecidos!...—Entre tanto, toda Inglaterra y media Francia pasan los Alpes para venir á ver la patria de *Margarita Cogni*, la *Fornarina* de *Harold*.

Tal es lord Byron para el viajero que llega á esta insigne ciudad, ó para el vate que la acaricia en sus sueños.

Para los venecianos es algo más interesante todavía.

Lord Byron vivió muchos años en *Venecia*, habitando, ora en el palacio *Mocenigo*, situado en el Gran Canal, ora en una *villa* ó quinta, á dos leguas de Pádua y á otras dos de Fusina, desde donde venia á *Venecia* en góndola.

En una y otra parte; en la ciudad como en el campo, fue tanto el ruido que metieron sus aventuras amorosas, tal el efecto que causó su extravagante género de vida, tanto el dinero que derrochó á manos llenas; fueron tantos, en fin, los viajeros que acudieron á visitarlo ó á verlo desde lejos, que *Venecia* toda se llenó de su nombre, y no hubo en el Véneto mujer, niño ni anciano, de cualquier clase de la sociedad que fuese, que ignorara que residia entre ellos un hombre extraordinario, un ingles medio poeta, medio diablo, terror de los maridos, encanto de las damas, providencia de los pobres y anfitrión de los calaveras, al cual se consideraba (y es cuanto se puede decir) tan superior á los demás hombres como al terrible Napoleon Bonaparte, prisionero á la sazón en Santa-Elena.

—Baste decir (continuó mi gondolero) que yo mismo me ví obligado á averiguar su vida y costumbres, á fin de contestar á las innumerables preguntas que me hacian cuantos extranjeros conducia en mi góndola. —«¿Conoce usted á lord Byron? me decian todos antes de entrar en ajuste. Y como les respondiera afirmativamente, seguia el interrogatorio de esta manera:—¿Cómo es? ¿Dónde vive? ¿Qué hace? ¿A qué hora se le vé? ¿Por dónde pasa? ¿Qué come? ¿Qué dice? ¿Cojea mucho? ¿Es verdad

que bebe sangre? ¿Tiene muchas queridas? ¿Es cierto que no duerme nunca?...»—y no sé cuántas cosas más.

—¿Y qué les contestaba usted?—preguntamos nosotros al gondolero.

—¡Ah! ¡yo conocia á lord Byron tanto como á mi góndola! Hasta me atrevo á decir que era su amigo.—El tenia dos góndolas propias; pero, sin embargo, recurría muchas veces á las nuestras; y, en este caso, si yo me encontraba donde él pudiera verme, preferia siempre la mia á las de todos mis compañeros. ¡Oh! ¡cuántas veces lo llevé del Palacio Mocénigo al puerto de Fusina! ¡Cuántas lo traje al Lido! ¡Cuántas lo paseé de noche por los canales!—Esto era en 1819.—El noble Lord vivia ordinariamente en *La Mira* (que asi se llama la *villa* que hemos dicho) con su querida, la condesa Guiccioli, una de las mujeres más hermosas que entonces habia en Italia. Pero cuando venia á habitar el palacio Mocénigo, hacia trasladar dos de sus caballos á esta misma cabaña. Por las tardes salia de su casa en góndola, cruzaba la laguna y desembarcaba aquí, donde lo aguardaba un criado con los caballos dispuestos. El gran poeta montaba en uno y salia á escape por esas playas, recorriendo el Lido en todas direcciones, sin dar respiro alguno al animal. Cuando el primer caballo no podia ya correr, tomaba el segundo y lo fatigaba del mismo modo en un violento é incesante galope. En seguida se embozaba en su capa, entraba en su góndola y volvía á Venecia.—Allí frecuentaba dos tertulias: la de Mad. Albrizzi y la de la condesa Benzoni, y en ambas era mirado como una diinidad,—¡Verdaderamente, yo no he conocido hombre más hermoso que lord Byron!—Despues de la tertulia, recorría en góndola los más intrincados canales, hasta las altas horas de la noche; y, cuando ya dormia toda Venecia, hacíase conducir al muelle de la *Piazzeta*, si era noche de luna, y allí desembarcaba, penetrando solo en la Plaza de San Márcos, donde permanecia largo tiempo paseándose.—Era la única hora del dia en que marchaba á pié.—Ustedes sabrán que era cojo, y que nada le humillaba tanto como que echasen de ver que tenia esta imperfeccion.—En la época á que me refiero habia conseguido á fuerza de estudio y de voluntad disimular de tal modo su cojera, que cuando entraba en un salon, sólo se notaba que andaba muy despacio y que balanceaba el cuerpo con cierta languidez que podia atribuirse á coquetería.—Otra de las excursiones favoritas de lord Byron era á la isla de *San Lázaro de los Armenios* (en la qué tocaremos, si ustedes quieren, al volver á Venecia). Allí hay un Convento de frailes armenios, sumamente sabios, entre los cuales halló muy buenos amigos el poeta inglés. Esta expedicion solia hacerla completamente solo, manejando él mismo el remo de la góndola, y eligiendo para ello las ocasiones en que habia tempestad en la laguna. ¡Sí vierais cuántas veces se le dió por muerto en Venecia!—Pero Byron era tan consumado nadador como infatigable ginete, y aunque las olas devorasen su nave, como sucedió más de una vez, no por eso dejó él de llegar á tierra sano y salvo.—¡Oh! ¡indudablemente habia en aquel hombre algo de sobrenatural!...

El jóven sir Arturo escuchaba embelesado al gondolero.—Hugo de V. no entendia una palabra y fumaba tranquilamente.—Yo recordaba la visita de Tomás Moore á lord Byron, el retrato del amante de Margarita Cogni, escrito por madama Albrizzi, las escenas sublimes de *Marino Faliero* y de los *dos Foscari*, la historia entera del bardo peregrino, su juventud disipada, su tormentosa vida, su heroica muerte...; y sentia ganas de llorar, como si se tratase de un antiguo amigo mio.

Siguiendo el consejo del gondolero, al volver á *Venecia*, tocamos en la Isla de *San Lázaro de los Armenios*, y visitamos el convento de *Mekhitaristas* que le da nombre.

Allí supimos que el sabio religioso, amigo de lord Byron, que le enseñó el armenio, murió en 1853.

Un jóven profeso, tan ilustrado como amable, y cuyo nombre siento no recordar, nos enseñó el monasterio, la biblioteca y la famosa imprenta de donde salen á luz continuamente curiosísimas obras orientales, traducidas al armenio por la comunidad.

Las obras de lord Byron, con ser tan profanas, han merecido tambien la honra de esta traduccion y de ser impresas con extraordinario lujo.—Asi han obsequiado los religiosos la memoria del malogrado genio que tantas pruebas les dió de estimacion y de cariño.

Cuando íbamos ya á marcharnos, el jóven Mekhitarista nos presentó un álbum, rogándonos que escribiésemos en él nuestros nombres, como lo han hecho todas las personas que de muchos años á esta parte han visitado el Convento.

Yo hojeé el álbum, y encontré algunos nombres españoles, entre ellos los de mis muy queridos amigos los marqueses de Molins, y el del general Narvaez.

Más adelante, entre las firmas últimamente sentadas, leí: *Salustiano Olózaga*.—8 de octubre de 1860.

Es decir que nuestro ilustre orador estaba en *Venecia* hace menos de un mes.

A todo esto era la una de la tarde, y nosotros queriamos hallarnos en la *Plaza de San Marcos* á las dos en punto, á fin de oír la música austriaca, que toca en ella todos los domingos, y asistir á la comida de las célebres *palomas*.

Dejamos, pues, la Isla de San Lázaro y pusimos el rumbo á la *Piazzetta*.

La *Piazzetta* es, como quien dice, una antecámara ó recibimiento que precede á la *Plaza de San Marcos*, y que indudablemente la aventaja en hermosura.

Al descubrirla desde la góndola; al ver que nos acercábamos á ella, nos pusimos de pie indeliberadamente.

Parecíamos que bogábamos hácia el escenario de un teatro, pasando sobre la sala ó *parterre* para atracar en el mismo proscenio.

En frente de nosotros veíamos á la izquierda la soberbia fachada del *Palacio de los Dux*, cuya masa enorme, afiligranada como las construcciones árabes, se levantaba sobre dos aéreas galerías de elegantes arcos, que parecían arrancar del agua, ó más bien apoyarse en otras dos galerías sub-marinas, que no eran sino el reflejo de las primeras.

A la derechase alzaba otro Palacio no menos bello (la *Libreria Vieja*), revestido de dos órdenes de arcadas jónicas y dóricas, que se copiaban tambien en la laguna.

Entre ambos edificios se extendía la *Piazzetta*, en medio de la cual surgían dos altísimas *Columnas* de granito, como dos centinelas apostados allí para defender la entrada en el *forum* veneciano.

Una de aquellas columnas sostiene la *Estátua de San Teodoro*, primitivo patrono de *Venecia*.

Sobre la otra campea el *Leon alado de San Márkos*, defensor de la ciudad.

En cuanto á las *Columnas*, fueron trasportadas del archipiélago griego, hace más de siete siglos, por el dux *Michieli*, y erigidas en 1170 en el lugar donde hoy se hallan.

Detrás de ellas, veíamos dos grandes *Pilastras*, procedentes de Siria, y no lejos un *Grupo de pórfido*, llamado la *Pietra del bando*, en que de tiempo inmemorial se fijan los edictos del gobierno.

Después descubríamos el principio de la *Plaza de San Márkos*, la *Torre del Reló*, los *Tres mástiles*, enhiestos sobre sus pedestales de bronce, y la aguja audaz del *Campanile*.

Todas estas cosas, surgiendo al parecer de las aguas y destacándose en el cielo, dan á aquel lugar una fisonomía inexplicable, en que no acierta uno á distinguir si lo que ve es un navío, un templo, un palacio, una decoracion teatral, ó un museo de arquitectura.

Y aquello no es hoy más que un monumento fúnebre que pregoná la muerte de *Venecia*.

¡Ah!... ya no ondean en los tres elevados mástiles las banderas de Chipre, de Morea y de Candía: ya no es esta la *Venecia* que dominaba todo el Oriente del Mediterráneo, en Grecia y en Turquía, desde Italia á la Tierra-Santa; la que reinaba en Constantinopla y humillaba á Roma y Viena; la que imperaba en los mares, como Tiro, Sydon y Cartago en la antigüedad, ó como Inglaterra en nuestros dias.—El descubrimiento de América le arrebató su poder y su importancia; la revolucion francesa acabó con su aristocrática república; el tratado de Campo Formio la entregó maniatada al extranjero.—1848 fue un sueño de libertad y gloria, y la promesa de 1859, una palabra vana...—*Venecia* espera!, sin embargo.

¡Oh, cuántas veces arribó el *Bucentauro* á este muelle de la *Piazzetta* en que nosotros vamos á desembarcar! El nuevo *Dux* que acababa de desposarse con el Adriático, en el puerto de Malamocco, pasaba de la do-

rada góndola á unas lujosas andas y era paseado por delante del Palacio Ducal, esparciendo puñados de plata y oro entre la apiñada muchedumbre, mientras que la campana de San Márcos anunciaba solemnemente la proclamación!—¡Cuántas otras viéronse cubiertas estas aguas de iluminadas góndolas, en las alegres noches del Carnaval, y millares de máscaras, agitadas por el amor, por la intriga ó por la sed de sangre, inundaban la *Piazzetta*, á la luz de los vasos de colores que festoneaban los palacios, mientras que el *Consejo de los Diez* aprovechaba los misterios del disfraz para ejercer su terrible espionaje; para prender ó asesinar á los nobles, ó para fingir motines que justificasen otros bárbaros atentados! ¡Y cuántos reos de delitos políticos, que diríamos hoy, han amanecido colgados de esas altas columnas que sostienen á los Patronos de la ciudad!...

El golpe de la ferrada proa, chocando contra la escalinata del muelle de la *Piazzetta*, me sacó de estas cavilaciones.

Habíamos llegado.

Eran las dos menos cuarto de la tarde.

La *Piazzetta* estaba solitaria,—salvos los centinelas.

En el pórtico ó soportal del *Palacio de los Dux*, cerrado con una verja de hierro, conté hasta seis cañones, que apuntaban á la *Plaza de San Márcos*, como amenazando con destruir su hermosura, de que tan orgullosos están los venecianos...

¡Qué insolente amenaza! ¡Qué alarde de violencia y tiranía!

La *Plaza de San Márcos* es un vasto é imperfecto cuadrilongo formado por grandiosos y regulares edificios, unidos con elegantes pórticos.

En verdad, aquel sitio, más que una Plaza, parece el patio interior de un palacio enorme.

En el lado oriental, elévase aislada la *Basilica de San Márcos*, ocupando todo un frente.

Los lados de Poniente y Mediodía pertenecen al *Palacio Real*, residencia del gobierno austriaco.

Al Norte están *le Procuratie Vecchie*, en que ántes moraban los procuradores de San Márcos, y hoy propiedad de varios particulares.

En un ángulo de la Plaza se levanta la *Torre del Reló*, y hácia la parte por donde nosotros entramos, hállase el *Campanile*, que ya hemos descrito, al que sirve de pedestal un edificio precioso, llamado la *Loggia*.

Esta *Loggia*, revestida de ricos mármoles, adornada con estatuas y bajo-relieves, ceñida por una hermosa balaustrada, y decorada además con magníficas puertas de bronce, es una de las primeras preciosidades artísticas de *Venecia*.

Allí se reunían antiguamente los nobles á murmurar ó á conspirar.—Luégo fue cuerpo de guardia.—Hoy... yo no sé lo que es.

Delante de la *Basilica*, álzanse aquellos tres colosales *Mástiles* que

habíamos divisado desde la laguna, símbolos arrogantes del gran poder marítimo de la república.

Nada tan triste y expresivo como aquellos altísimos palos, plantados á la puerta de la Iglesia, como ayer lo estuvieron en poderosas naves.—Yo no recuerdo haber experimentado ante monumento alguno una impresion tan melancólica y solemne como la que aquellos trofeos produjeron en mi ánimo.—Y es que toda reliquia auténtica tiene algo de cadáver.—Los *Mástiles* de la Plaza de San Márcos parecen el esqueleto de la difunta Señoría.

La fachada de la *Basilica* está considerada por todo el mundo como la obra más acabada y bella de la arquitectura bizantina.

Mañana, cuando estudiemos el arte veneciano, haremos tambien su descripcion.

Hoy nos contentaremos con dirigir una mirada á sus elegantes arcos, á sus grupos de delgadas columnas, á sus preciosos mosaicos sobre fondo de oro, á su elegante balaustrada, á sus diez y seis torrecillas y cinco cúpulas, á sus ocho puertas de bronce y á los cuatro célebres caballos del mismo metal, levantados sobre la puerta de en medio, como heraldos que pregonan que aquella suntuosa basilica fue erigida á costa del heroismo veneciano, con los tesoros ganados en remotas guerras y en accion de gracias al cielo por el poder de que habia dotado á la República.

La historia de estos caballos es larga de contar. Yo la referiré en dos palabras.—En la antigua Roma adornaron los arcos de triunfo de Neron y de Trajano. Despues fueron en pos de Constantino á la hermosa ciudad que tomó su nombre. En 1204, el dux Enrique Dandolo, el conquistador de Constantinopla, se los trajo á Venecia y los hizo colocar donde hoy se hallan. En 1797, los franceses se los llevaron á París, y los pusieron sobre el arco de Carrousel. Finalmente, cuando en 1815 los aliados entraron en París, se apoderaron á su vez de los caballos, y los devolvieron á Venecia.—¡Quiera Dios que este haya sido su último viaje!

Pero olvidemos ahora las artes muertas; olvidemos la historia veneciana, muerta quizás tambien, aunque insepulta, y fijemos nuestra atencion en los actuales moradores de Venecia, que toman el sol paseándose á todo lo largo de la Plaza.

Los que hayan estado en Cádiz en invierno y concurrido á la *Plaza de San Antonio* los domingos y fiestas de guardar, de dos á tres de la tarde,—hora en que las bellas gaditanas (que se han vestido lujosamente para ir á misa de doce ó de una y hacer algunas visitas) lucen sus galas y encantos en aquel sitio verdaderamente delicioso,—podrán formarse idea del aspecto que presentaba hoy á las dos de la tarde la plaza monumental de San Márcos.

Las más lindas mujeres de Venecia,—vestidas (¡triste es repetirlo otra vez!) al estilo de París, y escoltadas de enamorados jóvenes, cuyo trage era tambien el uniforme *de día* del paisanaje europeo (pantalon de color, levita negra y sombrero de copa),—iban y venian de la *Loggia* al *Ala*



*nueva del Palacio Real*, electrizando el aire con sus graciosos movimientos, con el crugido de sus faldas de seda y de sus abanicos de nácar y con sus argentinas voces y mal sofocadas risas.

Las venecianas son muy hermosas. Reunid en un solo tipo el fuego de la andaluza y la interesante belleza de la valenciana, y tendreis á una hija de Venecia.

Esta es alta, por lo regular; esbelta, morena muy esclarecida, pálida, de noble perfil, grandes ojos (negros como el cabello), y pie, manos y cintura extremadamente reducidos.

En este modelo, que parece valenciano puro, son andaluces los relámpagos de la mirada, el andar voluptuoso, la gracia tentadora de la alegría ó de la pena, y cierta vehemente inquietud, que en las hijas del Turia es plácido reposo y lánguida terneza.

Los venecianos, con sus luengos cabellos negros, su faz pálida y sombría, sus ojos de luto, su aire lento y silencioso, y su tranquilidad, que no es la calma, sino la expectativa de la lucha, revelan en su semblante, en su actitud, en su manera de mirarse y de mirar á los extranjeros, todo el horrible drama que palpita en lo recóndito de su corazón.

Cruzándose con ellos, discurrían por la plaza innumerables oficiales austriacos, de severo porte, serios y tranquilos, respetuosos hácia el pueblo que avasallan; entristecidos tal vez con sus recientes derrotas en la Lombardía; pero no humillados ni descorazonados por ellas; sin rebajarse al miedo ni tampoco á la baladronada; como quien ni *la busca ni la excusa*; dignos y corteses, enérgicos y afables; con la grave actitud, en fin, que adoptan los caballeros al presentarse en un desafío, cuando ya no consideran á su ofensor como á enemigo odioso, sino como á respetable adversario.

Por lo demás, estos oficiales son generalmente muy buenos mozos; casi todos blancos y rubios, altos y delgados; elegantes con su levita blanca ó su capote gris, y marciales y distinguidos al mismo tiempo, como personas de una esmeradísima educacion militar y literaria.

Los venecianos y los austriacos no se miran nunca cara á cara.—Hasta se podria decir que no se ven.—Cierto que pasean juntos en un mismo sitio; pero lo hacen como los locos en el patio de un hospital, evitándose mutuamente, cual si los unos fuesen para los otros meros obstáculos materiales,—árboles ó columnas.

¡Ya se miraron una vez hace dos años!—¡Ya volverán á mirarse algun dia!

Y, sin embargo (véase lo que son las mujeres);—las venecianas, aunque no *miran* á sus opresores, se *dejan mirar* por ellos.

Supongo que sabeis lo que significa *dejarse mirar*.—*Dejarse mirar* equivale á *hacerse admirar*.

Ahora bien: yo me figuro á un oficial austriaco, enamorado en silencio, sin esperanza y sin poderlo remediar, de una de estas hijas de las olas, cuyo moreno mate recuerda el color de las Venus de Ticiano,—ó

bien me imagino á una veneciana muriendo de amores, sin atreverse á confesárselo á sí misma, por uno de estos maldecidos extranjeros, cuyas tristes y respetuosas miradas le dirán á todas horas: «*La fatalidad nos impide amarnos...*»—¡Qué magnífico drama! ¿no es verdad?—De esto á *Romeo y Julieta* no hay más que un paso.

Porque tambien puede suceder que los azules melancólicos ojos del guerrero germánico y los negros apasionados de la náyade del Brenta se sobrepongan á los odios de raza y concluyan un tratado de paz y amistad...

Ya en este caso, figuraos las citas misteriosas; los peligros arrostrados los momentos de terror que amenizarán las entrevistas; la lírica combinación del amor y el miedo; las lágrimas y los remordimientos de la amada; la infinita gratitud y los temerarios proyectos del amante; las sospechas del hermano; la delacion del gondolero; el encuentro de dos rivales en una oculta galería; el desafío ó el asesinato; la maldicion del indignado padre; la cautividad de la liviana hija; el rapto y la fuga; el convento, el suicidio, la tísis ó el casamiento de conveniencia;—ó bien el cambio de guarnicion, la ausencia, la infidelidad y el olvido del austriaco; la imposibilidad de quejarse en que queda la italiana; las cartas sin respuesta; los plazos que no se cumplen; la noticia de la muerte del oficial, acaecida en Pallestro ó Solferino, y la enfermedad sin nombre de la soltera-viuda; y el retrato de un mancebo rubio, besado disimuladamente en las noches de agonía; y la muerte de la desposada; y su blanco sepulcro, sobre cuya lápida fria revelan los confidentes la secreta historia, de la cual se apodera un vate; y finalmente, el poema, la tragedia ó el melodrama que este vate escribe, y las lágrimas piadosas de la posteridad entusiasmada!

Tales eran hoy mis pensamientos en la *Plaza de San Marcos*.

Entre tanto, algunos soldados iban colocando en medio de ella unos atriles con papeles de música, en cuya cubierta se leía: «*SONNAMBULA, per Vincenzo Bellini,*» mientras que los profesores de una numerosa banda militar templaban sus instrumentos.

En esto dieron las dos en *l'orologio di San Marco*.

Lo que pasó entonces en menos de diez segundos, no podria referirse en una hora.—Yo lo diré en resúmen.

Primeramente, oyóse un redoble de tambor que terminó en un golpe de música.

No bien sonó este golpe, toda la gente que se paseaba por la Plaza, echó á correr y se desbandó en varias direcciones, apresurándose y atropellándose por desaparecer en seguida y no oír la música tudesca.

Esta *manifestacion* del odio de los venecianos á sus opresores se repite todos los domingos.

¡Y, sin embargo, los pobres tudescos iban á rendir un homenaje al genio nacional, tocando la obra maestra de Bellini!

Un momento despues la Plaza estaba casi desierta.

Las venecianas se dirigian por tierra á sus palacios.

Los venecianos se habian refugiado en el café *Florian* ó seguian en la *Piazzetta* el paseo principiado en la Plaza.

En cuanto á los oficiales austriacos, se habian ido todos al café *Quadri* un momento antes de la consabida *manifestacion*, á fin de no presentarla.

El *Café Quadri* se halla situado bajo los pórticos de *le Procuratie Vecchie*, en el lado septentrional de la plaza, en frente del *Café Florian*.

Nota.—Los austriacos no van nunca al *Café Florian*; como no hay un solo veneciano que haya puesto los pies en el *Café Quadri*.

Ya iremos nosotros á los dos cafés y veremos muy buenas cosas.

Continuemos ahora nuestro relato.

Aquella misma primera campanada de las dos que habia dispersado á los venecianos, dejándonos solos á quince ó veinte extranjeros y á los desairados músicos, fue una especie de conjuro que atrajo sobre nuestras cabezas un tropel de más de mil palomas, las cuales, despues de asordar el aire, durante un momento, con el crugido de sus alas, bajaron á tierra y se reunieron en el ángulo Noroeste de la plaza, cubriendo materialmente un inmenso espacio de terrenos.

Aquellas palomas, azules en su mayor parte, habian acudido simultáneamente de las torres y cúpulas de *San Márcos*, del *Campanile*, del *Palacio Ducal* y de todos los tejados circunvecinos.

Una vez reunidas en apiñado grupo, abrióse sobre ellas un balcon (el balcon 14º) del segundo piso de una de las casas en que está dividido el extenso Palacio de *le Procuratie Vecchie*, y apareció en él un criado con una bandeja en la mano.

Las palomas se estremecieron de júbilo.

La bandeja estaba llena de trigo.

El doméstico lo esparció á puñados sobre las impacientes aves; sacudió la bandeja, y desapareció, cerrando la ventana, con la mayor indiferencia del mundo.

Hace bastantes siglos que esta singular escena se repite todos los dias á la misma hora y en el mismo lugar.

Hé aquí su explicacion:

En los primeros tiempos de la República de Venecia, acostumbrábase el Domingo de Ramos á soltar, despues de la *Procesion de las Palmas*, un gran número de palomas; pero cargándolas de cierto peso, á fin de que no levantasen un vuelo muy largo y pudiese el pueblo apoderarse de ellas.

A pesar de esta precaucion, cada año escapaban á la codicia popular algunas docenas de aquellas aves presidiarias, las cuales, no pudiendo

atravesar la laguna con la especie de grillete que les habian atado al pie, se refugiaban en los techos de la *Basilica* y del *Palacio Ducal*, donde encontraban fáciles y seguros nidos.

Allí se propagaron extraordinariamente; y, como acontece siempre en casos análogos, al cabo de cierto tiempo llegaron á ser objeto de amor y veneración para los mismos que las habian perseguido.—Ellas, en cambio, habian tomado carta de naturaleza en la ciudad, y aunque libres ya de la *cadena* que antes les impidiera irse á sus lares patrios, quedáronse de buen grado en aquellas extranjeras cúpulas que habian visto nacer á sus pichones.

Así las cosas, y atendidos los pocos recursos que ofrecian las Islas á la creciente colonia, dispuso el Dux Mocenigo, que en adelante se alimentase á aquellas inocentes criaturas por un delegado de los graneros públicos, á costa de la ciudad que las habia retenido á dura fuerza, y que se les guardasen los mismos respetos y consideraciones que á los demás habitantes de *Venecia*.

Desde entonces, las palomas bajaron de sus altas viviendas y se hicieron amigas de los venecianos, con los cuales pasean hoy tranquilamente por la *Plaza de San Márcos*, y cuyas casas visitan sin recelo alguno.

Pero aún no habian terminado los sufrimientos de esta tribu infortunada.—En 1797, al hundirse la República, el gobierno francés les retiró la pension que disfrutaban hacia siglos, y las pobres palomas atravesaron algunos años de verdaderos apuros. Pero, felizmente, quiso Dios tocar al corazon de una noble señora de la familia de *Pocastro*, moradora de la casa á cuyo balcon habian acudido desde los tiempos de Mocenigo las hijas adoptivas de la ciudad á recibir el pan de socorro; y dicha señora se constituyó y constituyó á sus herederos en la sagrada obligacion de alimentar á sus expensas, gratuita y generosamente, á estas huérfanas de la República, hasta tanto que la ilustre Señoría sacudiese la servidumbre y pudiese restablecer las antiguas prácticas.

Y tal es hoy el estado del asunto.

Mientras yo me enteraba de él, la música austriaca seguia tocando el primer acto de la *Sonnámbula*, y, ciertamente, de una manera admirable.

Esta última opinion no es mia: es de los mismos venecianos.

Los paisanos del insigne Pórpura aman la música sobre toda ponderacion, y si razones de patriotismo les impiden disfrutar públicamente de las acordadas armonías de las bandas tudescas, no es mucho verlos parados detrás de las esquinas que dan á la *Plaza de San Márcos*, con el oido atento á las melodías italianas, interpretadas magistralmente por los profesores alemanes, ni menos es raro oírles exclamar á cada momento:

—¡*Corpo di Dio!* ¡*Questi barbari eseguiscono come angeli!* (Estos bárbaros tocan (ejecutan) como ángeles!)

No una, sino muchas frases por el mismo estilo, oímos esta tarde mis

amigos y yo en el *Café Florian*, en donde entramos en busca de sombra y de descanso, cuando ya hubieron concluido de comer las palomas.

Tocaban á la sazón los austriacos la magnífica introduccion del primer acto de *Lucrezia Borgia*, en que, no sé por qué misterio de la sensibilidad humana, Donizetti ha pintado con notas musicales, y todos hemos entrevisto al oirlas, una mascarada de Venecia.

Los más ardientes patriotas de la ciudad (que es como quien dice, las personas principales de ella), parroquianos constantes del *Café Florian*, no prestaban atención alguna á los periódicos de París y Londres que tenían en la mano, y llevaban con la cabeza el compás de la música, exclamando maquinalmente:

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Delicioso!

El son de sus propias palabras les recordaba entonces que estaban aplaudiendo á sus mortales enemigos, y haciendo un brusco movimiento como para sacudir una fascinación, tornaban á la lectura del *Journal des Debats*, del *Times*, de la *Presse* ó de la *Patrie*, en cuyas largas columnas encontrarían indudablemente palabras de consuelo y esperanza.

Alrededor de cada lector habia un grupo de ocho ó diez amigos suyos, que alargaban la cabeza para oír tal ó cual noticia ó comentario, dicho en voz muy baja y precedido de una mirada recelosa hácia algun que otro personaje rubio que refrescaba tranquilamente, sentado solo en una apartada mesa.

Aquellos individuos rubios eran agentes de policía, disfrazados de caballeros.

Como habia tanta gente en el Café, nosotros nos vimos obligados á sentarnos muy cerca de uno de aquellos grupos de lectores, los cuales nos miraron y se miraron con marcado recelo y bajaron más la voz siempre que se dirigieron la palabra.

Yo atribuía aquella actitud á la cara alemana de H. de V., á los cabellos dorados de sir Arturo, que también podia pasar por tudesco, y á algunas palabras españolas que yo le dirigí al joven cónsul; pues ya os dije en el Lago Mayor que, en toda Italia, *español* es hoy sinónimo de austriaco, de teócrata, de partidario de Francisco II.

Sin embargo, á pesar de toda su reserva, comprendimos que se ocupaban de la reciente batalla del *Garegliano*.

Los jóvenes patricios se reían y bromeaban al leerse algunas noticias.

Esto me afirmó en una sospecha que tenia yo desde anoche; y sin encomendarme á Dios ni al diablo, aconsejé á sir Arturo que metiese la cabeza en uno de aquellos grupos y pidiese noticias de Nápoles.

Sir Arturo no vaciló, aunque se puso muy colorado; y valiéndose de su italiano de colegio, saturado de un marcadísimo acento inglés, arrojó estas palabras en medio de aquel club.

—Perdon, caballeros. Yo soy inglés, y por consiguiente amigo de la

Italia. ¿Tendrían ustedes la bondad de decirme qué ha sucedido en el Garegliano?

La pregunta de sir Arturo fué perfectamente recibida.

En Venecia, *inglés* es sinónimo de liberal, de amigo de San Márcos, de enemigo de Antonelli, de protector de Garibaldi.—La extratagema de *Marsala* está muy reciente.

—*Sono inglés*, exclamaron los venecianos, despejando el ceño.

Y mirándonos con afabilidad, respondieron á la pregunta de nuestro amigo:

—Las tropas italianas han ganado la batalla del Garegliano. Cápua y Mola di Gaeta están en poder del rey *Galantuomo*. El ejército borbónico ha sido aniquilado, y sus restos se han visto en la precision de encerrarse en Gaeta con Francisco II. El asunto de Nápoles puede darse por concluido. Vea usted los despachos telegráficos.

¡Qué imbecilidad tan ridícula la de todos los opresores! ¡Qué nécia candidez la del gobierno austriaco!—¡Ayer pone en sus periódicos que Francisco II ha derrotado á los piemonteses, y hoy deja circular por Venecia los periódicos de París y Lóndres en que se afirma lo contrario!—Bien es verdad que poco hubiera adelantado con recogerlos. En Venecia entran todos los dias tres largos trenes de viajeros, procedentes de Milan y Turin, y por estos se hubiera descubierto la mentira.—Pero entonces, ¿á qué llenar de grotescas falsedades los periódicos destinados á promulgar las leyes?—¡Qué feo, qué difícil y qué deslucido es el papel de tirano!

Pero basta por hoy de política.

El *Café Florian* tiene un renombre europeo y es el más lindo que conozco. Más que un café, parece el tocador de una reina, adornado en un estilo medio Médicis, medio Luis XIV. Sus habitaciones son muy pequeñas y están decoradas con tanto lujo como primor artístico. Las puertas, los sillones, la vajilla, todo respira en él una ortodoxia estética (perdóneseme la frase) que no se encontraría ni en un gabinete dibujado por Rafael. Las paredes, en vez de estar cubiertas de papel ó estuco, se hallan pintadas al fresco y revestidas luego de espaciosos cristales. Unas estatuitas doradas, del mejor gusto, sostienen las luces de gas en lámparas pompeyanas. Muelles divanes de terciopelo azul ó rojo dan la vuelta á cada aposento. Las mesas, de mármol de Carrara, son sumamente chicas y se apoyan en una sola columna, de forma bizantina, labrada también en mármol. Las vidrieras, los aparadores, el mostrador, los más insignificantes enseres del servicio son verdaderas preciosidades dignas de atención y estudio. Para decirlo de una vez: el *café Florian* es propio de la *Plaza de San Márcos*, como la *Plaza de San Márcos* merece ser, cuales, la sala principal de *Venecia*.

El *Café Florian*, y algunos otros, permanecen abiertos toda la noche según práctica inmemorial.

En cuanto al *café Cuadri*, en el cual entrábamos algunos momentos

despues, no nos llamó la atención por su riqueza ni por su hermosura, pero sí por su concurrencia.

Todo él estaba lleno de oficiales, entre los que se veían algunos paisanos austriacos, empleados sin duda del gobierno.

Allí se leían periódicos en alemán, se fumaba, y se bebía cerveza...

¡Sin embargo, el dueño del establecimiento es italiano!...

Yo creo que el café *Cuadri* está destinado á ser hecho ceniza por el pueblo, así como cierta tienda en cuya muestra se lee: *All'Imperatore d'Austria*.

El resto de la tarde y el principio de la noche los hemos pasado vagando á la ventura por las calles *sólidas* de Venecia.

La *Venecia terrestre*, con sus callejuelas alumbradas de gas, llenas de un brillantísimo comercio (apenas sombra de lo que fue antiguamente), con sus pequeñas plazas, con sus angostas y complicadas travesías, con su limpio é inmejorable empedrado, me recuerda la arábica Sevilla y me hace comprender lo que sería una ciudad mora en que lograrse penetrar la civilización.

La extraña y al principio ininteligible complexión de *Venecia*, es bastante sencilla.—Cada una de las numerosas Islas, medio naturales, medio artificiales, que constituyen la Ciudad, comprende dos largas manzanas de casas, entre las cuales corre una calle. Estas casas arrancan inmediatamente del agua por la parte exterior de la isla, teniendo cuando menos una puerta hácia el canal que separa á una isla de otra, mientras que, por el lado opuesto, miran á la calle interior que hemos citado, á la cual dan dos ó tres puertas generalmente ocupadas por tiendas de comercio.—De esta manera se explica que no haya casa alguna que no tenga acceso por agua y por tierra.—Centenares de puentes enlazan á islas con islas y á calles con calles, formando el intrincado dédalo de la Ciudad.

Resulta de aquí que puede uno á cada instante interrumpir su marcha, si va fatigado, y continuarla en góndola.—De cien en cien pasos, y aún con mayor frecuencia, os hallais entre dos escaleras: una que sube y otra que baja. La que sube va á un puente, por el que podeis pasar á otra isla. La que baja lleva á un canal, donde nunca falta una góndola que os ofrezca sus servicios.

Durante la escursión de esta tarde, hemos pasado por enfrente de algunas magníficas *Iglesias*, situadas por lo regular en el centro de las más espaciosas Islas, y rodeadas de árboles y monumentos. De buena gana hubiera entrado en algunas de ellas, á admirar las obras maestras de pintura ó á visitar los sepulcros de grandes hombres que encierran casi todas; pero esto se apartaba de nuestro programa de hoy, y lo hemos dejado para otro día.

En cambio, hemos pasado y repasado por sus tres vías paralelas el famoso *Puente de Rialto*, deteniéndonos más de una vez á contemplar desde su elevada cimbra el magnífico panorama que á un lado y otro presenta-

ba el *Canal Grande*, enrojecido primero y teñido de ópalo despues por las luces del crepúsculo, que prestaban una fantástica apariencia á los Palacios.

Cuando ya fué de noche, volvimos á la *Plaza de San Márkos*.

Una espléndida iluminacion de gas, reflejándose en las bruñidas losas del suelo, en los cristales de los Cafés y en las hermosas fachadas de la *Procuratie Vecchie* y del *Palacio Real*, le daban el aspecto de un salon de baile.

Las venecianas y su séquito de amadores estaban de vuelta en la Plaza.

Su animacion y su alegría eran aún mayores que esta tarde. Los novios italianos, protegidos por la noche, paseaban juntos, y hasta los oficiales austriacos se propasaban á mirar á sus *enemigas*, yendo en largas hileras, cogidos del brazo. El ruido de sus sables se confundia con las carcajadas de las hermosas. Diríase que la velada es en *Venecia* una hora de olvido y reconciliacion. Mil conversaciones distintas,—balbucientes declaraciones, juramentos á media voz, íntimas confidencias, apasionados suspiros, murmuraciones, chanzas, incoherentes preguntas, nombres pronunciados en voz alta, reprimendas de madres, sordos rugidos de celosos cónyuges, alguna amenaza, alguna queja, tal vez alguna lágrima cruzándose con una risa, el tarareo indiferente del que iba solo,—todas estas cosas juntas formaban un confuso rumor, plácido y melancólico, en que palpitaba y gemia nuestra pobre vida humana, el eterno poema de la juventud, *amor che nullo amato amar perdona; Venecia*, en fin, que no ha muerto todavía, ó que sale de su sepulcro durante la noche y recuerda los tiempos que pasaron.

¡Oh! ¡*Venecia!* ¡*Venecia!*—Cuando á esa hora se la ve recobrar algo de su antiguo júbilo, de su apasionada alegría, de aquella alegría que no lograban turbar los sangrientos dramas públicos ó secretos de que era teatro en los grandes dias de su libertad; cuando se oye el blando murmurio de su armonioso idioma, que aun repite bajo el dogal extranjero los suaves acentos del amor, y contempla uno á sus hijas, tan bellas hoy y encantadoras como en los tiempos en que Tintoreto y Ticiano las legaban á la admiracion del mundo, la imaginacion recompone el magnífico pasado de la ciudad galante, y se figura las mil y mil escenas que la música y la pintura han eternizado, uniéndolas á la celebridad de Shakspeare y de Rossini, de Byron y de Donnizetti, de Verdi y de Victor Hugo.

El muelle de la *Piazzetta*, á donde nos trasladamos luégo, atraídos por los acordes de un concierto ambulante, acabó de exaltar mi fantasía, haciéndome soñar con las poéticas historias que he citado.

Allí se embarcaron Otelo y Desdémona para la isla de Chipre, de donde nunca más volvieron.—Allí desembarcó *Lucrecia Borggia*, viniendo de Ferrara en busca de su adorado hijo.



El concierto callejero se componia de guitarras, violines y contrabajos.

Los músicos eran siete, contándose entre ellos tres mujeres, hermosas y tristes, á cuyas ropas de luto se asian algunos pequeñuelos, probablemente sus hijos, cansados de vagar todo el dia de una calle en otra y rendidos ya por el sueño.

Sus padres tocaban distraidamente, mirando de reojo á aquellas pobres criaturas, temerosos sin duda de que se durmieran y rodasen por el suelo...

Y, sin embargo de esta preocupacion, y de la inquietud que sentirian acerca de si el público que los escuchaba se iria á la postre sin pagarles, tañian los instrumentos con inspiracion tan sentida, con suavidad tan patética, que se hubiese dicho que en el fondo de aquellas armonías lloraban agrupados el genio del arte, los númenes de la Ciudad y el adverso destino de aquellos miserables trovadores.

A veces, toda aquella tribu de famélicos artistas, lo mismo las madres que los esposos, y que los soñolientos hijos, unian sus quejumbrosas voces al són de los instrumentos, y cantaban en dialecto veneciano no sé qué historias de amores de fortuna, no sé qué luchas con la suerte, no sé qué desgracias vagamente definidas, que me parecian á mí su propia historia y acaso tambien la historia de *Venecia*.

La menguada luna aparecia en tanto por encima de los muros del *Arсенal*, en busca de los mismos Canales donde yo la ví bañarse anoche, sola y sin recelo.

Y *Beppo*, el astuto veneciano, sentado en su góndola, á pocos pasos de nosotros, nos invitaba á un paseo por el agua, permitiéndose describirnos con celadas y discretas frases las delicias ocultas de *Venecia*, ó sea los gabinetes vestidos de raso, brillantes de luz, y llenos de perfumes, que (segun él tiene entendido) se ocultan detrás de los muros negros y medrosos de los más lóbregos canales.

Y yo me acordaba de que Chateaubriand (quien, dicho sea entre paréntesis, escribió parte de sus *Memorias de Ultratumba* en el mismo Hotel en que nosotros vivimos), cuenta que al pasar una noche por no sé qué puente de Venecia en que habia una Virgen, alumbrada por muchos faroles, vió á unas hermosas y desdichadas mozuelas que rezaban Ave-Marías, y que con la mano derecha hacian la señal de la cruz, mientras con la izquierda detenian á los transeuntes, hablándoles de aquellos mismos encantados recintos que nos describia mi gondolero...

Por nuestra parte, si accedimos á la invitacion de *Beppo*, y saltamos de la *Piazzetta* á la góndola, fué tan sólo para venirnos honestamente al Hotel, donde hemos dedicado la velada á escribir, cada cual á su modo, la historia de nuestro primer dia veneciano...

¡Ah! ya no están de moda aquellas escandalosas escenas en que era de rigor cantar el brindis que Victor Hugo pone en boca de Maffio Orsini:

*¡Amis, vive l'orgie! etc.*

reemplazado en la ópera de Donizetti con aquella estrofa tan popular:

*Il segreto per esser felice, etc.*

Hasta mañana, pues, y concluyamos por hoy copiando la copla veneciana que Gaetano, el hijo de Beppo, canta al pié de mis balcones:

*Coi pensieri malinconini  
no te star á tormentar:  
vien con mi, montemo in gondola,  
andremo in mezzo al mar...*

Antiguamente, los gondoleros no cantaban, á la puerla de esta mansion, tan pobre y vulgar literatura, sino las octavas sublimes de la *Gerusalemme liberata*.

Verdad es que antiguamente el suntuoso Palacio *Giustiniani* no era una posada pública.

Dice bien el poeta Niccolini, imaginando que habla desde los siglos pasados:

*¡Citta superba! tuo crudel Leone  
disarmato dagli anni andrà deriso;  
privo dell'ire onde la morte é bella,  
egli cadrá senza mandar ruggito.*

Conque muy buenas noches.

## V.

EL PALACIO DE LOS DUX.—DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES AL PUENTE DE LOS SUSPIROS.—SALA DEL GRAN CONSEJO.—SALA DEL CONSEJO DE LOS DIEZ.—EL CONSEJO DE LOS TRES.—LOS PLOMOS Y LOS POZOS.—RECUERDOS DE SILVIO PELLICO.—LUGAR DEL TORMENTO.—UN CICERONE COMO HAY POCOS.—EL CANAL DE LA PAGLIA.

Venecia, 5 de noviembre 1860.

Son las doce de la mañana, y acabo de salir del *Palacio Ducal*, donde he pasado cuatro horas.

Creedme: una verdadera y profunda emocion de espanto y miedo me embarga todavía.—La luz del sol me causa en este instante la misma extrañeza que á los que salen de su alcoba por la primera vez despues de una larga enfermedad en que han entrevisto la muerte.

¡Ah! Yo ví esta mañana el esplendor del cielo: luégo me sumergí poco á poco en una tremenda noche; y ahora, que he tornado al mundo, me parece que me hallo en otro dia; que despierto en un letargo; que la marcha del tiempo ha estado suspensa durante algunas horas, ó que yo

repito un día de mi vida y vuelvo á ver un sol que ya se habia puesto para mí.—Mejor dicho: en este instante experimento aquel asombro indefinible en que pasé este verano la perdurable tarde subsiguiente al eclipse total de sol que presencié desde las ruinas de Sagunto.

¡El *Palacio Ducal!*...—Yo entré en él por la *Escalera de los Gigantes*, resplendente de luz y de hermosura, y he salido por la angosta y sombría escalera de los *Pozos*, ¡por donde sacaban los cuerpos de los ajusticiados para llevarlos á enterrar ó echarlos en la laguna!...

¡Dichosa, sí; pero no *interesante* edad la nuestra, en que me ha sido tan fácil y tan poco arriesgado recorrer el laberinto pavoroso donde miles de hombres se han perdido para siempre!—No hace todavía muchos años, entrar en el *Palacio Ducal* por la *Piazzeta* para salir por el *Canal della Paglia*, equivalía á ir de la vida de la muerte.—Entre una y otra puerta estaban el *Consejo de los Diez*, las Prisiones, la Sala del Tormento y la Horca espantosa que yo acabo de tocar con mis manos!—Y si alguno llegaba vivo al término de esta calle de amargura, no era sin que sus cabellos, por negros y juveniles que fuesen á la entrada, blanqueasen, como pavesas, á la salida.—¡Cuántos y cuántos invirtieron treinta ó cuarenta años en recorrer la *Via Crucis* que yo he visitado en cuatro horas!...—¡Oh, mísera poesía! Tú *te vés*, como muchos otros númenes, dejándonos demasiado venturosos á los cultos habitantes del planeta! —¡Oh, libertad! ¡cuan dulce es *desearte!*

Pero dejemos estas filosofías, y describamos el *Palacio Ducal* y las interesantísimas escenas que acaban de ocurrirme en él.

El Palacio de los Dux es una de las obras más bellas é imponentes que ha creado la arquitectura. Yo no sé qué nombre dar al estilo de su fachada: si el de *árabe italiano* ó el de *gótico-bizantino*. Mejor será decir que es puramente *veneciano*.—En aquella fachada resplandecen los mosaicos orientales, los arcos romanos, las ojivas góticas, la decoración *plateresca* y las columnas bizantinas, y todas estas cosas juntas dan por resultado una belleza exclusivamente veneciana, que resume los varios caracteres de la historia de la República y armoniza con la extraña contextura de la ciudad.

En efecto: donde el pavimento de las calles es de agua, se concibe que la base de los edificios sea una doble columnata aérea, que dibuje en el cielo y en las ondas los esbeltos perfiles de sus abiertas galerías; y donde confluyen el Imperio alemán, la clásica Italia y el esplendoroso Oriente, se explica que las estatuas gentiles figuren en hornacinas cristianas; que el arco apuntado se levante sobre la cornisa griega, y que el *macizo* bordado de arabescos descansa en los calados rosetones góticos.

Pero el Palacio Ducal no puede describirse.—Hay esquinas que son obras maestras de ornamentación; escaleras que parecen sueños de la fantasía; perspectivas ideales; verdaderos tesoros de pintura y de escultura; un asombroso lujo de mármoles y bronce, y sobre todo esto un aire de Edad Media, un perfume histórico, una grandeza monumental que

llenan el alma de veneracion y respeto...—¡Imposible enumerar tantos prodigios!—Citaré, pues, tan solo aquellas cosas que me impresionaron más vivamente.

En medio del *Patio interior* (que es por sí solo una maravilla, y bastaría para atraer á los viajeros á Venecia) ví dos elegantes *Cisternas de bronce*, que son las mismas que veia Silvio Pellico desde la reja de su prision.—Ahora, como entonces, acuden á ellas algunas hijas de la ciudad, con su clásica ánfora en la cabeza, en busca del agua del cielo.—¡Y esto es lo único que resta de los antiguos destinos del Palacio de la Señoría!—En aquel Palacio se redactaban antes las Leyes, se administraba justicia, se gobernaba el Estado. Allí estaban las prisiones y los suplicios: allí vivia el Dux; allí celebraba sus sesiones el Gran Consejo; allí era este vigilado por el *Consejo de los Diez*; allí reinaba sobre el *Consejo de los Diez* la Inquisicion de los *Tres (I Capi)*...—Hoy no busca allí el veneciano sino el agua llovediza.—El Palacio está deshabitado.

Pero no: que en él moran todavía, siquier inmóviles y mudos, todos los Legisladores y Guerreros de *Venecia*, pintados en las paredes ó representados en estátuas.—Los conquistadores han hecho bien de dejarlos allí solos. Así podrá decirse todavía que *Venecia* no ha muerto: que *Venecia* vive en el *Palacio de los Dux*.

Conque avancemos. En el mismo *Patio interior*, y en frente de la puerta de entrada, empieza la famosa *Escalera de los Gigantes*, llamada así á causa de dos *Estátuas colosales* que representan á *Marte* y á *Neptuno*, deidades protectoras de la ciudad anfibia.

Esta *Escalera* es sumamente bella, tanto por la riqueza de los mármore que la revisten, como por la delizadeza y primor con que están labrados.

En su ancha *meseta* se verificaba la coronacion de los Dux, y aún se dice que en ella fue decapitado *Marino Faliero*... Pero esta última parte de la tradicion es á todas luces inexacta, dado que la *Escalera de los Gigantes* no fue empezada hasta diez años despues de la ejecucion del anciano esposo de *Angiolina*.

La *Escalera de Oro*, adornada de riquísimos dorados, notables frescos y bellas esculturas, conduce á un gracioso vestíbulo.

Luégo se penetra en la vastísima *Sala del Gran Consejo*, verdadero Capitolio de la República veneciana, cuyos techos y paredes están revestidos de muy famosas pinturas, debidas á Pablo el Veronés, Tintoretto, Bassano, Palma el Joven y otros célebres artistas.

Los cuadros de las paredes representan los fastos de la República,—las alianzas del Dux y de los Cruzados; las dos Conquistas de Constantinopla; la coronacion de los Dux más eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la batalla de Lepanto; los tratados con los Pontífices y con los césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva señoría, con los *Este* de Ferrara, con los *Visconti* de Milan, con los *Scala* de Verona; una victoria (no he podido recordar cual) obtenida sobre un rey de Aragon; los triunfos del infortunado *Carmagnola*, cuya prision ví más ade-

lante; la presentación de los Emisarios venecianos en el campamento sitiador de Pavía, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fue en toda Europa el *Leon alado de San Marcos*.

Entre estos lienzos hay uno que pasa por el mayor en tamaño que existe sobre la tierra.—Su altura es de treinta piés y su anchura de setenta y cuatro.—Representa la *Gloria del Paraíso*, y está firmado por *Tintoretto*, quien, como émulo que era de Miguel Angel, se propuso indudablemente con este cuadro crearle un rival, ó cuando menos un hermano, al famoso *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.

Sin conocer yo todavía la grande obra de *Buonarotti*, sino por el grabado, me atrevo á asegurar que *Tintoretto* no consiguió, ni aun remotamente, su propósito.—La *Gloria del Paraíso* carece de unidad, de conjunto, de expresion armónica. Es una aglomeracion de mil figuras, una amalgama de episodios, una multitud de cuadros análogos reunidos en un solo lienzo.—En cuanto al color, está completamente perdido.—Sin embargo, esta obra es digna de admiracion y respeto por la fuerza de inventiva que revela y por el correcto dibujo de casi todas sus partes.

En el Friso de la sala se ven los retratos de *Setenta y seis Dux de Venecia*...

Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debia hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro negro con estas lúgubres palabras: «*Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.*»—Unico monumento que recuerda en el *Palacio Ducal* al que puso su primera piedra.

El Techo de la *Sala del Gran Consejo* no desmerece de los muros.—En él se vé primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria*, de Pablo el Veronés.—En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria*, de Palma el jóven.—El resto del techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo*, y es obra de *Tintoreto*.

En aquella especie de competencia, triunfa Pablo el Veronés.

Despues de la *Sala del Gran Consejo*, viene la del *Escrutinio*, en que eran votados los *Dux*.

Allí son tan notables los ricos dorados y artísticos adornos de las paredes como los cuadros que las adornan.—En el fondo de esta Sala se eleva, sirviendo de puerta, un *Arco de triunfo*, erigido por el Senado en honor de F. Morosini.

Luégo se entra en la *Biblioteca de San Marcos*, compuesta de 120,000 volúmenes y 10,000 manuscritos: de ella se pasa á la *Camera Degli Scarlati*, en que se guardaban las togas rojas de los Consejeros; en seguida se penetra en la *Sala dello Scudo*, donde se colocaban las armas ó blasones del *Dux* reinante, y al fin se llega á la *Sala della Bussola*, antecámara del Consejo de los Diez, donde antes habia una *Cabeza de leon*, en cuya boca depositaba la cobardía delaciones anónimas contra los enemigos del Gobierno.

Todas estas Salas merecerian un detenido exámen, no sólo por su im-

portancia histórica, sino por las obras de arte que encierran.—Allí se ven, entre otras maravillas, algunas *esculturas griegas* de gran mérito: una *Minerva* colosal; una copia antigua de la *Venus de Médicis*; un grupo lacivo de *Júpiter y Leda*, lleno de expresión y encanto; otro de *Ganimedes robado por el águila*, atribuido por Cánova nada menos que á Fidias; varios *Gladiadores*, y otras muchas magistrales estatuas.

Sin embargo, yo no me he parado á estudiar prolijamente aquellos preciosos mármoles. Esto hubiera introducido una fatal perturbacion en mis sensaciones. En *Venecia* persigo solamente el ideal de los Tiempos Medios.—Pronto iré á Florencia, donde empieza la patria del arte clásico, y allí, y en Roma, y en Nápoles, encontraré repetidos hasta la saciedad todos los prodigios de la escultura antigua.

Una vez fuera de la Biblioteca, pasé por la *Sala dei Capi*, donde se reunian los *Tres Inquisidores* que reinaban sobre el *Consejo de los Diez*, y al fin penetré en el aposento en que celebraba sus sesiones este pavoroso Tribunal...

Aquellas célebres estancias no dirian nada á la imaginacion sin la explicacion del Conserje. Por el contrario: las hermosas pinturas que las adornan, los raudales de luz que penetran en ellas por puertas y ventanas, y la graciosa ornamentacion de las paredes y de los techos, alejan de la mente toda idea de horror y sobresalto.—Yo crucé, pues, por aquellos tremendos sitios sin emocion alguna, aunque muy satisfecho y orgulloso con el mero pensamiento de que ya podria decir toda mi vida que los habia visitado.

Esta desilusion principiaba á mortificarme un poco, cuando hé aquí que repentinamente cambió por completo el carácter de mis impresiones, convirtiéndose en lo más dramáticas, auténticas y terribles que nunca hubiera imaginado.

Fué el caso que el Conserje, despues de enseñarme y explicarme bajo el aspecto artístico todas las habitaciones que acabo de enumerar, me llevó de nuevo á la *Sala dei Capi*; abrió una puerta secreta, perfectamente disimulada, y, señalándome un pasadizo oscuro que principiaba en ella, me dijo:

—Entre usted por ahí; al fin de ese corredor encontrará al *Conserje de las prisiones*. Yo he concluido ya de servir al caballero.

Y hablando así, me tendió la mano, en la cual puse una moneda, y se marchó, dejándome solo en medio de la más triste oscuridad.

La puerta por donde yo acababa de entrar se cerró detrás de mí.

Era cosa de tener miedo, y lo tuve.—Lo pasado apareció á mi imaginacion, real, elocuente, pavoroso, resucitado.

Para tranquilizarme y atreverme á dar algunos pasos por aquellas tinieblas, tuve que recordar que estamos en el año 60 del siglo XIX, y que el *Consejo de los Diez* dejó de existir hace muchos años.

Anduve, pues, á tientas por el lóbrego corredor, y llegué á una puerta entornada por donde salia un débil rayo de luz.

—¿Quién va? dijo una voz cavernosa detrás de aquella puerta.

Yo no respondi; pero la abrí de par en par.

La puerta daba á la meseta de una escalera, de la cual se veian, á la luz de un opaco farolillo, algunos peldaños que subian y otros que bajaban.

En medio de la meseta estaba sentado en un enorme sillón un viejo decrepito, liado en un largo rendingote oscuro con capucha y mangas perdidas, y cubierta la cabeza con un gorro negro de dormir, que parecia el gorro frigio de *Venecia*.

Aquel hombre tenia la barba cana y crecida, cuidadosamente afeitada por ciertos lados, y no llevaba bigote.

Parecia un Dux.

Si yo hubiera tenido en Francia un encuentro semejante, habria sospechado que aquel lúgubre personaje era una máscara; esto es, que se le habia buscado y vestido de aquel modo á fin de producir una ilusion artificial en el ánimo de los viajeros... ¡Pero en *Venecia* no se está hoy para farsas!

—¿Quién sois? volvió á preguntarme aquel hombre, cuyo rostro enjuto, verdinegro, arado por hondas arrugas, revelaba un carácter violento, impaciente, melancólico.

—Soy un curioso, le respondí. ¿Y vos? ¿quién sois?

—Yo soy Conserje de las prisiones de la señoría de Venecia hace sesenta años. Tengo setenta y siete de edad. He pasado catorce bajo la República de San Márcos. He conocido á dos Dux. Nací en este Palacio, donde mi padre era carcelero, como yo lo soy ahora; con la diferencia de que él custodiaba prisiones llenas de reos, y yo custodié unos aposentos vacíos ó llenos de telarañas. ¡A tales tiempos hemos llegado!

—¡Este viejo está loco!—fué la primera idea que me ocurrió al oír el anterior discurso.

Pero luégo recordé haber leído no sé dónde que en el *Palacio Ducal de Venecia* existia un famoso *conserje*, fanático defensor del *Consejo de los Diez*, al cual era preciso oír con paciencia, si se queria formar verdadero juicio del Gobierno de la República...; y comprendí que estaba delante de él.

Díjale, pues, zalameramente:

—¡Ya tenia yo noticias vuestras! Vos fuísteis el que esplicó á lord Byron y á Chateaubriand...

—¡Chateaubriand! ¡Lord Byron! (me interrumpió el viejo, temblando de colera). ¿Por qué no me nombráis tambien á Silvio Pellico? ¡Todos vienen con la misma cancion! ¡Reniego de los poetas! ¡Si yo hubiera sabido que iban á mentir con el descaro que lo han hecho, no los habria tratado con tanta bondad!—¿A qué venís aquí? (prosiguió, mirándome de hito en hito). ¡Aquí no hay nada que ver! Todo lo que cuentan los poetas es mentira. Aquí no se martirizaba á nadie. Esta era una cárcel como cualquiera otra. Los austriacos hacen muy mal en permitir que el público